TANCREDO PINOCHET

11 (563 n.1)

Cómo construir la civilización chilena a plazo corto

$ 8.—

BIBLIOTECA DE ALTA CULTURA
EDITORIAL «ASIES»
ANDRES BELLO 162
SANTIAGO

TANCREDO PINOCHET

Cómo construir una gran civilización chilena e hispanoamericana

1551

BIBLIOTECA DE ALTA CULTURA
EDITORIAL «ASIES»
ANDRES BELLO 162
SANTIAGO - CHILE

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
DIC 27 1940
DEPÓSITO LEGAL

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO

Durante algunos años el autor de este libro ha estado dictando, en múltiples ciudades de diversos países de nuestra América, una serie de conferencias acerca de cómo construir una gran civilización hispanoamericana.

La esencia de la doctrina que ha estado predicando queda expuesta en las tres conferencias que forman este libro. La primera de ellas es una presentación sincera de la realidad chilena e hispanoamericana en general. En la segunda se muestra la técnica para hacer civilización, y en la tercera se explica cómo Chile y la América hispana pueden y deben construir una gran civilización a plazo corto.

El autor ha dictado también varias otras conferencias suplementarias, en las cuales estudia más a fondo algunos de los problemas trascendentales que se dilucidan en este libro. Tales conferencias formarán un nuevo volumen que aparecerá próximamente.

I

¿Qué es civilización?

Esta primera disertación la dedico al reconocimiento de ciertos hechos, de ciertas verdades, que a unos podrán causar rubor, a otros protestas, y a otros dolor. Pero no puede eludirse el reconocimiento de estas verdades. Ni debe disfrazarse. Necesitamos de estas premisas, para hacer el estudio de la realidad chilena e hispanoamericana.

En este nuevo mundo, en esta América donde vivimos, que era desconocida para los europeos hace quinientos años, se han desarrollado dos civilizaciones, la civilización anglosajona, y la civilización hispano-americana. Cuando ya falta relativamente poco para que cumplamos quinientos años en esta labor de transplantar la civilización europea a este nuevo mundo, bien podemos detenernos a considerar el camino recorrido, a hacer un arqueo, un inventario de los valores que hemos acumulado. Y como somos dos empresas civilizadoras las que nos hemos establecido en esta América, conveniente será que veamos si ambas empresas lo han hecho hasta ahora igualmente bien, o igualmente mal.

En el mismo tiempo, en igual territorio, mucho más extenso y más rico el nuestro, con la misma varie-

dad de climas, con casi la misma población, igualmente inteligente, dos civilizaciones distintas se han estado construyendo en el Nuevo Mundo. ¿Cuál es superior?

Para determinar esto, tenemos que definir primero qué se entiende por civilización. Si no lo hacemos, no podremos hablar con claridad de civilización superior o inferior.

En términos generales, diremos que una civilización es superior a otra cuando da una cuota mayor de bienestar a un mayor número de sus individuos, o cuando aporta a la humanidad, en su conjunto, para el presente o para el futuro, mayores oportunidades de bienestar, más hondas fuentes de felicidad.

Decimos que la civilización de Atenas fué grande, a pesar de haber sido vencida militarmente, por el aporte de ciencia, filosofía y arte que dió a la humanidad. Todavía está Grecia repartiendo felicidad al mundo. Roma no fué grande por sus conquistas y sus Césares, sino por sus pensadores que sirvieron al mundo. Francia es grande por Pasteur, más que por Napoleón. Y Alemania por Goethe más que por Bismarck.

Usando la vara anterior para medir, vamos a demostrar que la civilización anglosajona de la América es muy superior a la nuestra. Veremos después por qué, y al final mostraremos cómo podemos hacer una gran civilización a plazo corto.

La opinión de que la civilización del norte es superior a la nuestra no es generalmente aceptada entre nosotros. Muchos que observan la vida de los Estados Unidos en sus cabarets, que leen día a día las noticias de asaltos criminales en las grandes ciudades norteamericanas, que conocen los episodios folletinescos de sus gangsters, que saben que el crimen y el vicio delincuente cuestan 10,000 millones de dólares al año a los Estados Unidos, que leen acerca de los múltiples secuestros y linchamientos en la civilización del norte, sostienen que nuestra civilización es muy superior; que no es tan rica materialmente como la de los Estados Unidos; pero que es más rica en sentimientos, en nobles emociones, en tranquila dulzura, en espíritu cristiano y en moralidad.

El profesor Paul Shaw, norteamericano, muy amigo nuestro, que al mismo tiempo que yo estuvo dictando conferencias en Panamá, me dijo que a su juicio, la diferencia que hay entre la civilización norteamericana y la nuestra es que allá hay edificios de cien pisos, y aquí corazones de cien pisos. Bella galantería de un hombre que nos quiere. Lo grave es que muchos, en nuestra América, creen en esto, y lo hacen telón de fondo para darle realce al espejismo de nuestra superioridad. Conviene que analicemos lo anterior con espíritu realista.

Progreso material de las dos Américas

Principiaremos por estudiar la diferencia que hay en el progreso material de las dos Américas.

La riqueza nacional de los Estados Unidos es más de cien veces superior a la de la América española. Es más que el doble, por otra parte, de la riqueza sumada de Alemania, Inglaterra, Francia e Italia, combinadas. Es mucho más que el doble de la de todo el Imperio Británico.

La producción anual de la América española es de siete mil millones de dólares. La de los Estados Unidos de cuarenta mil millones.

De los treinta y cinco bancos más grandes del mundo, veinte, más de la mitad, están en los Estados Unidos. En la América española no está ninguno de ellos.

La muy avanzada mecanización de la industria, que se da generalmente como causa del progreso de los Estados Unidos no es sino consecuencia de su progreso. La ley de Pericles daba a cada ateniense el derecho de poseer cinco esclavos y se ha calculado que cada habitante de los Estados Unidos tiene hoy día a su disposición el equivalente, en

fuerza motriz, a ciento cincuenta esclavos. (1) Podría hablar horas y horas, presentando estadísticas que muestran la enorme inferioridad económica nuestra, comparada con la prosperidad en los Estados Unidos. Pero consideremos sólo un aspecto, uno de los más importantes en lo que se refiere al progreso material de las dos Américas: las vías de comunicación.

Tienen los Estados Unidos 250,000 millas de vías férreas, contra 84,000 que tiene la América española. Hay países de nuestra América en los cuales, para ir de un punto a otro de su propio territorio, resulta necesario dar la vuelta por Nueva York, cubriendo cien veces la distancia que se debiera recorrer.

Pero esta diferencia en vías férreas no muestra la total realidad de nuestro atraso. El automóvil y el camión, en buenas carreteras, hacen las veces del tren. Hay un total en el mundo de 9,300,000 millas de carreteras. En toda la América latina, incluyendo el Brasil, hay menos de 400,000 millas, y en los Estados Unidos hay más de tres millones. Y no vemos que esta diferencia vaya disminuyendo, pues allá se sigue gastando constantemente diez veces más que en nuestra América en construír nuevas carreteras. (2).

Nosotros no hemos podido hacer una carretera interamericana, para vertebrar nuestra América, y la que se está haciendo ahora entre las repúblicas centro-

americanas, la están construyendo en buena parte los Estados Unidos, principalmente con su dinero y con sus ingenieros.

Pero las carreteras no son hoy día para las bestias de herradura. Son para automóviles y camiones. Había en el mundo el año pasado 42 millones de automóviles y camiones. De éstos algo más de 30 millones corresponden a los Estados Unidos, y sólo doce millones corresponden... ¿a la América Latina? No, a todo el resto del mundo. (3).

Hubo el año pasado una producción mundial de 6 millones 352 mil automóviles, en números redondos. De éstos, cuatro millones 804,974 fueron fabricados en los Estados Unidos. La diferencia la produjo el resto del mundo. Pero ninguno la América nuestra. (4).

Hay otro medio de comunicaciones, además de los anteriores: los teléfonos. Había en el mundo el año pasado treinta y siete millones y medio de teléfonos. La mitad de éstos estaba en los Estados Unidos. (5).

No soy un entusiasta del abuso del radio. Pero debemos admitir que éste es otro medio de comunicaciones, y de cultura, además. En todo el mundo había el año pasado poco más de 70 millones de radios, y 37 y medio millones, más de la mitad, estaban en los Estados Unidos, donde tres familias en cada cuatro

tienen un radio. Hay 18 estaciones de televisión en los EE. UU., y ninguna en la América española.

En cuanto a la marina mercante, baste decir que los Estados Unidos tienen barcos con un tonelaje sumado de 15 millones, contra pequeños barcos hispanoamericanos que no alcanzan a medio millón de toneladas.

Hay en el mundo 160 barcos mercantes de quince mil toneladas o más. De éstos, 18 corresponden a la civilización norteamericana. Y ninguno a la nuestra.

Otro medio de comunicación son los canales. ¿Pudimos nosotros hacer el de Panamá? Los Estados Unidos han venido a construirlo en nuestra propia casa, como se proponen construir el de Nicaragua, para el cual tienen hechas las reservas respectivas. ¿Puede alguien imaginar como sensato que la América española pretendiera ir a construir en los Estados Unidos el canal de la Florida? Hace cien años Humboldt le mostró a Colombia que era fácil aprovechar el río Atrato y uno de sus afluentes, para tener un canal que comunicara el Atlántico con el Pacífico. Aún hoy, ¿no se consideraría insensato el que un Presidente de Colombia intentara emprender esta obra? (6) ¿Por qué no construímos ahora el canal de Nicaragua? ¿Por qué hemos hecho concesiones para que lo construyan los Es-

tados Unidos, si les da la gana, y nadie, si no les da la gana a ellos construirlo? Porque no podemos construirlo nosotros. Porque no tenemos con qué hacerlo.

Para concluir con los medios de comunicación, aun si nos referimos sólo al andar a pie por nuestras tierras de Dios, tenemos que observar que todos tienen zapatos en los Estados Unidos, y más de la mitad, dos tercios casi, de los pobladores de nuestra América española va descalza por nuestro suelo.

Me he referido a un solo aspecto del progreso físico. Pero lo mismo observamos en todos los otros dominios de la vida material. Si hiciéramos estas comparaciones —no hay tiempo para ello— en el campo de la sanitación, en las ciudades de ambas Américas, nuestro atraso quedaría más de manifiesto.

¿Por qué los Estados Unidos han venido a Méjico, a Colombia, a Venezuela, a explotar el petróleo, a Cuba a explotar el azúcar? ¿Por qué han venido a Chile a explotar el cobre y el hierro y el salitre? ¿A Bolivia a explotar el estaño? ¿A Centro América el plátano? ¿Por qué no hemos hecho esto nosotros? Porque ellos son bastante ricos, y nosotros demasiado pobres.

Estamos estudiando únicamente el avance material, la prosperidad económica de una y otra civilización americanas. Consideremos que los Estados Unidos

tienen invertidos en el extranjero, —me refiero a sus negocios privados, no a los empréstitos a los gobiernos— como **15 mil** millones de dólares. En nuestra América tienen invertidos **cinco mil** millones de dólares. ¿Cuánto capital tiene nuestra América invertido en el extranjero? Tiene sólo deudas.

Se me podrá objetar que todo es meramente, groseramente, material. Podrá decirse que Jesucristo no explotaba canales, ni petróleo, ni hierro, ni cobre; que no hablaba siquiera por teléfono, ni viajaba en automóvil.

Los cimientos de toda civilización

Pero debemos considerar que toda gran civilización tuvo que desarrollarse primero económicamente. Apuntemos esto para no mirar en menos la civilización materialista de los Estados Unidos. Siempre hubo que satisfacer los apetitos corporales antes que los espirituales. Imaginemos al hombre prehistórico. Todo su afán, entre una y otra penumbra, era buscar, en las selvas, en el río, en el aire, alimento para sostenerse, para no morir de hambre. No podía hacer cvivilización, como no la pueden hacer ni el tigre ni la pantera en sus matorrales silvestres.

Sólo cuando los hombres pudieron sembrar y

guardar sus cosechas; cuando hubo tiempo para meditar en algo que no fuera la tarea ruda de buscar el bocado de cada día, pudo principiar la civilización. Sólo cuando el hombre principió a acumular sus tesoros, una choza, una flecha, un remo, una lámpara, un arado, trigo, carne salada, una cabra, un caballo, un libro, pudo ir construyendo civilización.

Es evidente que el hombre no puede hacer civilización antes de asegurar su vida material. El salvaje que tenía que dedicar el día a buscar su presa, o a huir del que pudiera hacerlo su presa, no podía hacer más civilización que el animal que pasa la mitad de su tiempo persiguiendo a los más débiles, para devorarlos, y, la otra mitad de su tiempo huyendo de los más fuertes, para no ser devorado.

La seguridad para el mañana fué la cuna de la civilización. Si no hay seguridad para el mañana no se puede pensar sino en el momento presente. Si los filósofos tienen hambre, no piensan en su filosofía sino en la manera de saciar su hambre. "La historia de la humanidad", se nos ha dicho con propiedad, "es la historia de una criatura hambrienta en busca de alimento". El hombre prehistórico ocupaba diez y seis horas de cada veinticuatro en buscar alimento para él y su familia.

Esta superioridad económica de la civilización del

norte, que algunos pueden mirar con desprecio, nos ha convertido en pueblos sometidos a los Estados Unidos, tal como el peonaje de una hacienda está sometido a su patrón. Es un lugar común decir que estamos atrasados económicamente porque somos víctimas del capitalismo extranjero. Pero la verdad es que somos víctimas del capitalismo extraño porque estamos atrasados económicamente.

Los Estados Unidos también estaban sometidos al capitalismo extraño, al principiar su vida independiente. Pero se independizaron de su tutela económica. ¿No es ésta otra razón para considerar inferior nuestra civilización?

Es cierto que para que haya prosperidad económica debe haber independencia económica. Pero esta independencia es resultado de la prosperidad. Ud. puede tener cien peones en su hacienda. Si uno de ellos, por su industria, por su inteligencia, su economía, logra adquirir prosperidad económica, si logra hacerse rico, dejará de ser peón de su hacienda, dejará de ser su vasallo económico, dejará de estar sometido a Ud. Pasará a ser independiente económicamente.

Esto reza no sólo con los individuos, sino también con las naciones. Nuestra pobreza, nuestro atraso, nos han impedido adquirir nuestra independencia económica. Lo contrario ha ocurrido con los Estados Uni-

dos. Y sin independencia económica no se puede desarrollar una civilización. Veamos lo que ocurrió en Grecia—y lo mismo podríamos ver en las civilizaciones anteriores—la civilización griega nació y creció cuando Atenas y demás ciudades griegas eran independientes; y murió el espíritu de su civilización cuando Alejandro de Macedonia destruyó su independencia, y pasó Grecia a ser vasallo de otra nación, a pesar de que Alejandro quería helenizar a todo su imperio. Roma tuvo el esplendor de su civilización cuando fué pueblo libre, y lo perdió, cuando fué dominada. El Renacimiento en Italia tiene lugar cuando los Médicis han hecho independiente a Florencia. Alemania, Inglaterra, Francia, España, aparecen en la vanguardia de la civilización cuando son pueblos económicamente independientes.

Es evidente que la riqueza nacional les dió a los Estados Unidos su independencia económica.

Pero no he dicho que riqueza sea civilización. He dicho sólo que está más civilizado un país que da una mayor cuota de bienestar a un mayor número de habitantes. Y nos corresponde ver, si a la sombra de esta prosperidad económica de la civilización del norte, se da allá, una mayor cuota de bienestar, que entre nosotros, a un mayor número de habitantes.

La miseria en la América hispana

Para hacer estas comparaciones podría tomar cualquiera de los países hispanoamericanos que he recorrido en mi jira, comparándolo con una sección equivalente en población de los Estados Unidos. Pero voy a escoger a Cuba como tipo para hacer la comparación, por ser el país más cercano a los Estados Unidos, y porque al dar mis informaciones voy a referirme a estudios oficiales que no admiten contradicción. Igualmente, sin embargo, podría tomar como prototipo a cualquiera otro de nuestros países.

Cuba tiene una población de unos cuatro millones de habitantes. Es un país de inmensas posibilidades para un gran desarrollo económico. Hasta hace poco fué el azucarero del mundo. Desde su independencia, en 1902, hasta nuestros días, ha fabricado más de dos millones de toneladas de azúcar por año, casi totalmente exportadas a los Estados Unidos. Su exportación de tabaco elaborado, y en rama, ha sido de un promedio de veinte millones de dólares al año. Y ha exportado café y frutas tropicales, y ha tenido altas entradas por el turismo. ¿Dónde está el capital acumulado por tal enorme producción? ¿Han aumentado la felicidad, el bienestar de los cubanos? Este capital, esta riqueza, no está en manos de cubanos. Cuba no ha ido

acumulando capital o riqueza. Al contrario, ha ido perdiendo lo que tenía, incluso sus tierras y sus casas. Antes de la guerra de la independencia había en Cuba una población de dos millones, y entre ellos, cerca de cien mil eran poseedores de propiedades raíces. Con doble población debiera haber, sin hacer progreso alguno, doscientos mil propietarios de bienes raíces. Y sólo hay treinta y ocho mil. En cambio, los latifundios, controlados por los centrales azucareros, en su mayor parte de propiedad norteamericana, han aumentado considerablemente.

En un reciente estudio hecho acerca de la situación actual de Cuba, por la Asociación de Política Extranjera de los Estados Unidos, estudio hecho a instancias del ex-Presidente Mendieta, de Cuba, se deja establecido que los ingresos en efectivo y en especies de las familias que trabajan en la industria del azúcar y del tabaco — hablamos del año 33 al 34—no alcanzan a 250 dólares por año. Esto es, naturalmente, mucho más que en Chile, si convertimos moneda cubana en chilena. Si tomamos en cuenta que el promedio de las personas de la familia cubana es de cuatro y fracción (4.34) llegamos a la conclusión de que el ingreso por persona fué de 15 centavos de dólar diario.

Las clases pobres, la inmensa mayoría, más del

70 o/o de la población, gastan en Cuba el 60 o/o de sus ingresos en alimentación, a pesar de ser ésta, en general, de baratos productos nacionales, en raciones insuficientes. En cuanto a sus viviendas, son de ínfima calidad, no tanto como en Chile, sin embargo.

El obrero cubano no es nunca dueño de su casa, y el valor de los muebles y enseres que posee no llega a un promedio de veinte dólares. En Cuba se suicidan mil personas al año, tres al día. Mientras yo hablo, o poco antes, o poco después, alguien se está quitando la vida allá principalmente, porque tienen hambre él o su familia.

Lo que precede es un cuadro sintético de la situación económica de la población cubana. Por cierto, el salario, expresado en dólares, no dice nada. Puede ocurrir que sea más alto, en relación con el valor de la moneda, que el que se gana en otras partes. Lo natural es compararlo con el costo de la vida.

Cuba tiene una civilización de pan, una civilización de trigo, y podemos decir, en consecuencia, que si los ingresos promedios diarios, por persona, entre las clases trabajadoras, obreras, son de 15 centavos diarios, como la libra de pan cuesta ocho centavos, lo que en realidad ganan es el equivalente a dos libras de pan al día.

Este estudio de las condiciones económicas de las

clases obreras podemos hacerlo con cualquiera otro de nuestros países y comprobaremos las mismas realidades. En Panamá el salario del obrero campesino es tal, que da un margen mucho menor por individuo para la alimentación. Y el costo de la vida es tan alto como en Cuba. Toda una conferencia dicté sobre este tema en el Teatro Nacional de Panamá. En Chile el salario promedio del obrero campesino es de $ 1.70 (cinco centavos de dólar), o sea, el valor de un kilo de pan en nuestro país, igual al de Cuba.

En Costa Rica, a primera vista parece que la situación es muy superior. Sus estadísticas muestran un mayor número de propietarios de bienes raíces que en todo Cuba, a pesar de haber en Costa Rica medio millón de población contra cuatro millones que hay en Cuba. Pero yo he ido a visitar a esos pequeños propietarios y he podido comprobar que, por lo general, su situación es peor que la del jornalero. Y su miseria también. (7)

Sin duda mi auditorio se horrorizó cuando me oyó decir que se suicidan tres personas al día, generalmente por hambre en Cuba. ¿No hay parangón en Costa Rica para este cuadro? Allí los diarios publicaron, mientras yo estaba en San José, la noticia de que se había rehusado a cien padres de familia su solicitud para que sus hijos fueran admitidos en la cárcel de menores, a causa de que no son delincuentes. Esos padres

pedían la cárcel para sus hijos inocentes, por no tener con qué alimentarlos. Yo visité la cárcel y comprobé que muchos inocentes ya habían sido admitidos.

Es cierto que en Colombia no se suicidan tres personas al día, debido a la miseria; es cierto que los padres colombianos no envían a la cárcel a sus hijos inocentes, para que los mantengan. Pero, ¿hay menos pobreza en Colombia, que en Cuba, Panamá o Costa Rica? La pobreza de las clases humildes es igual.

Voy a apuntar un detalle. En un pueblo del departamento de Bolívar hay una estación de la empresa norteamericana, Andian. En ese pueblo, una criada ganaba dos pesos al mes, 25 pesos chilenos, como salario. Cuando se estableció allí la Andian, las familias americanas principiaron a pagar ocho pesos, que era la décima parte de lo que pagaban por igual servicio en los Estados Unidos. Y las familias nacionales protestaron de que se pagara tan alto salario, pues ellas se veían obligadas a pagar más. Yo no estoy acusando a las familias colombianas, entiéndase bien, pues dentro de su pobreza, y del plan general nacional, no podían pagar más.

Voy a referirme todavía, hablando de lo que he visitado en Colombia, a un incidente íntimo. Salía yo de Chinú para Sahagún. Había que hacer el viaje en mulas. Necesitaba yo de tres, una para mi equipaje,

una para el peón que me acompañaría, y la otra para mí. Cuando pregunté los precios, me dijeron que cada mula costaba un peso al día. Y el peón, que no era el dueño de las mulas, dijo que su trabajo, de entre de amanecer hasta después de obscurecer, pagando él su alimento, costaba también un peso. (8)

Un señor de la localidad que lo oyó, le gritó:

—¿Y cómo te atreves tú a cobrar lo mismo que se paga por una bestia? Después, cuando recorríamos la Sábana, ese hombre, que parecía ser solo una prolongación, macilenta y degenerada, de la mula que montaba, me daba explicaciones, con toda humildad, y excusas, por cobrar su trabajo tan alto como el de la bestia. Era porque no trabajaba todos los días, y tenía una mujer y siete hijos que alimentar. Lo ganado no alcanzaba para ñame y yuca, las papas silvestres de allá, de toda la familia. ¿Necesito hacer algún comentario a este trozo de vida de la pampa bolivariana?

Pero esta situación de miseria, y de hambre, para la gran masa de la población, es la misma, aun en los países más avanzados de Nuestra América. Es igual en Argentina y en Chile. Aquí, en nuestra patria, yo fuí a trabajar de incógnito, como peón, en la hacienda de su Excelencia, el Presidente de la República, hace un cuarto de siglo, y encontré que los peones no vivían allá como hombres sino como bestias.

Ahora, al volver a mi tierra, me he encontrado con que la situación es la misma, si no peor. Faltan mil millones de pesos al año para pagarles un salario vital a los obreros campesinos. Pero de Chile, de nuestra patria, no se puede hablar, ahora por lo menos, que es un paraíso. Un diputado — Müller se llama — va al Norte, para dirigir las elecciones de Senador, y se da cuenta de que ese pueblo protesta del paraíso en que le dicen que vive; comprende que para no perder el Frente Popular las elecciones que estuvo en peligro de perder esta vez, que para conservar la fe de ese pueblo en que si el paraíso no está todavía aquí, ya está encargado, como se encargan los niñitos al cielo, es necesario protestar en el Congreso, diciendo parte de la verdad.

Y dice que allá, en el Norte — ¿no es lo mismo aquí? — hay miles de obreros que literalmente se sujetan el estómago, de hambre; dice que visten en andrajos —¿no se viste en andrajos aquí?—; describe sus tugurios —¿no son pavorosos los conventillos aquí; dice que mujeres y hombres se alimentan con los desperdicios dejados en los tarros de basura, —¿no son los tarros de basura de las esquinas de Santiago, restaurantes populares?—Pero cuando dice esto el diputado, se le va encima la combinación de gobierno y le hacen declarar que ese discurso de verdad y de protesta es la expresión personal de su modo de sentir y que no re-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

fleja el pensamiento del Partido que lo ha elegido diputado. Hay que seguir haciéndole creer al pueblo que vive en un Paraíso.

Pero todo queda dicho acerca de este Paraíso si se repite esta verdad: para pagar un salario vital a la gran mass obrera y campesina en Chile, un salario que permita consumir las calorías que necesita al día el hombre para sostenerse físicamente, hacen falta dos mil millones de pesos al año, mucho más que el presupuesto anual de la nación, es decir, que si el Gobierno invirtiera todas sus entradas en dar raciones suplementarias a su población para que coma lo que debe comer, le faltarían todavía quinientos millones de pesos al año. (9)

El atraso de Chile, en todo orden de cosas, le choca en especial a cualquiera que viene del extranjero, tal como le chocaría el frío glacial a un hombre que llegara en aeroplano bien calefaccionado a las regiones polares. El tifus exantemático, porta-estandarte de la mugre y la miseria, es aquí una plaga endémica, es un ciudadano chileno, porque lo son los piojos que lo pro-pagan, como lo son las pulgas y las chinches y todos los bichos que son cortejo de la mugre. ¿Qué en este teatro no tengo un auditorio, con entradas de favor, de miles de pulgas? ¿Y no están las pulgas igualmente en los más elegantes, los más lujosos teatros de San-

tiago? ¿No están en todas partes, en todo Santiago, en todo Chile? Sí. Chile es un paraíso; es por lo menos el paraíso de las pulgas. Esto ha llegado a no chocar al chileno que vive constantemente aquí; en verdad, lo echa de menos al principio, cuando ha salido del país. Sé de un chileno que encontró una vez una pulga en Bélgica, y que la cogió cariñosamente y la cuidó como si se hubiera encontrado con una antigua, querida compatriota. Mi hijo mayor, cuando se fué, pequeñito, conmigo a los Estados Unidos, y vivíamos en una ciudad de Pensilvania, llegó un día hacia mí excitado y entusiasmado, gritándome: papá, ven a ver, aquí hay una mosca. ¡Una mosca! La primera que veía después de un año allí.

Y lo grave es que no sólo tenemos moscas, piojos, chinches, pulgas en el cuerpo, sino que tenemos también telarañas en el espíritu. Porque hay unos pocos en Chile que viven en holgura y limpieza, y con cierta cultura, creemos que esa población privilegiada es Chile, que ésa es Atenas, y los demás, los esclavos de la ciudad, parte de sus animales domésticos, de sus utensilios y mobiliario, como quien dice sus escobas, sus cocinas, sus aparatos para hacer lo que los señores necesiten.

Los años han cambiado bien poco en nuestra América, si comparamos con otros países, con los Es-

tados Unidos, civilización tan nueva como la nuestra, y con la Rusia Soviética, civilización que acaba de nacer.

Cuando nos visitó Alejandro Humboldt, hace cien años, dijo que nuestros países hispanoamericanos eran mendigos sentados en silla de oro. Y siguen siendo mendigos, retorciéndose de hambre en sillas de oro.

La prosperidad en los Estados Unidos

Contrastemos esta miseria nuestra, estos estertores de hambre entre los hombres de nuestra civilización, con lo que ocurre en la civilización de la otra América. Es evidente que la misma prosperidad económica de la otra civilización le permite ofrecer una cuota más alta de abundancia y felicidad a mayor número de sus ciudadanos. Ha habido allí crisis económica, como la ha habido en nuestra América; pero se han podido gastar allá miles de millones de dólares para aliviar a los necesitados. Antes de dictarse la ley federal de pensiones a la vejez, los diversos estados pagaban 26 millones de dólares en pensiones a los ancianos. ¿Habríamos podido hacer algo de esto nosotros?

Hace unos veinte minutos que os estoy hablando. Durante cada veinte minutos, el Gobierno de los Es-

tados Unidos estuvo gastando 86.000 dólares en socorrer a su población desvalida, y en esa proporción estuvo gastando para compensar a los que estaban sin trabajo. ¿Puede hacer algo parecido la América Española?

El año pasado, ha habido en la otra civilización de nuestra América millones de dólares en donaciones filantrópicas, algunas de ellas de un millón de dólares, y más, anónimas. Y todavía, los Estados Unidos hacen donaciones filantrópicas a países extranjeros: 25 millones de dólares el año antepasado; 32 millones de dólares el año anterior. Años de crisis. ¿Podemos hacer algo de esto nosotros? Las instituciones filantrópicas privadas (sin contar las Universidades), tienen una inversión de mil millones de dólares. (10)

De acuerdo con la ley reciente de seguridad social en los Estados Unidos, la industria y el comercio pagan impuestos por valor de mil millones al año para costear las pensiones a la vejez. ¿Podemos hacer algo de esto nosotros? ¿Puede alguien imaginar cómo sentado entre nosotros pagarles 1.200 pesos mensuales a los ancianos pobres de Chile, simplemente porque ya han cumplido 65 años?

Para compensar a los que no tienen trabajo, paga el capital en los Estados Unidos impuestos que alcanzan casi a otros mil millones de dólares. ¿Podríamos hacer algo de eso en la América Española?

De las condiciones de vida, de higiene, en una y otra civilización, vale más que no hablemos. Baste decir, en síntesis, que en los Estados Unidos la mortalidad es de 11 por mil, y en nuestra América es de más de 20 por mil. (11)

Lo espiritual en los Estados Unidos y en la América española

Pero dejemos de lado el aspecto económico. Hacer comparaciones en cuanto al progreso material de las dos Américas, y al nivel de vida, que va dejando constancia inapelable de nuestra inferioridad, es como asistir al doblar de los tambores en una marcha fúnebre para nuestra América. Ahora no vamos a seguir esa marcha por las rocas escarpadas del materialismo, sino por los valles floridos de lo espiritual.

Tomemos otra vez un país de nuestra América, el país donde viví casi diez años. Pero, como en el caso anterior, cualquiera otro daría poco más o menos lo mismo. Parece que la mejor manera de medir el progreso espiritual de un país, es ver lo que se hace en él para educar a las nuevas generaciones. Comparemos a Cuba con un Estado de la civilización del Norte, que tenga poco más o menos la misma población. Massachussets, digamos.

En Massachussets hay sólo 3.5 o/o de analfabetos, casi todos extranjeros llegados allí adultos. En la población netamente norteamericana no llegan los analfabetos sino a la mitad de un uno por ciento. En Cuba, más del 50 o/o de la población es analfabeta. Sólo quince mil personas reciben en Cuba educación que pase de la escuela elemental. Para educación pública se destina un peso con 49 centavos por persona al año, menos de la tercera parte de la suma que se dedica para los mismos propósitos en el Estado más pobre de la civilización del Norte. Más de la mitad de los niños de edad escolar no reciben educación ni instrucción alguna. Los que reciben instrucción están en clases de 60 y 90 alumnos. En Cuba se gasta en todo su presupuesto de educación pública cerca de 15 veces menos de lo que Massachussets gasta sólo en sus escuelas públicas, de enseñanza primaria y secundaria. Esta es la situación tal como se encontraba cuando yo salí de Cuba. Los datos de hoy día son que faltan 16 mil aulas, es decir, 16 mil maestros para atender a la instrucción primaria en Cuba.

No se crea que la situación de Colombia es mejor. En Chile casi la mitad de los niños no tienen escuela ni aprenden a leer. En toda Colombia hay 5,600,000 personas de más de diez años, y más de la mitad de éstos, 2 millones 717 mil, no saben leer. Estos son datos oficiales del día de hoy. (12)

He dicho que lo mismo daría hacer estas comparaciones con cualquier otro país de nuestra América. Y esto es así, en términos generales. En algunos países la situación no es tan mala; pero en otros parten, es peor. Costa Rica goza de la fama de ser el país de nuestra América donde la instrucción primaria es más extendida. Pero la investigación hecha recientemente por la misión pedagógica chilena que concluía allí sus estudios cuando yo visitaba ese país, mostró que esta instrucción primaria es apenas algo que ha caído sobre la mentalidad de los niños como cae el pétalo de una flor sobre el alféizar de una ventana, que la primera brisa se lleva lejos. En Costa Rica casi toda la población ha aprendido a leer; pero es bien escaso el número de los que leen. Si la misión chilena hubiera ido a estudiar los resultados de la educación primaria no en los alumnos actuales, sino en los adultos que pasaron por las escuelas, habría tenido que hacer revelaciones estupendas (13). En Chile la situación es casi la misma que en los países a que me he referido (14). Si llamamos analfabeto al que jamás lee, casi el 95 o/o de la población de nuestra América es analfabeta.

Vemos, pues, que la civilización del Norte no sólo es más rica materialmente; no sólo ofrece mayor bienestar a un mayor número de sus habitantes, sino que toma en serio la tarea de educar a las nuevas genera-

ciones, a las que nuestra civilización deja en un abandono casi general. Naturalmente, su gigantesco plan de educación pública descansa sobre su sólida plataforma económica.

Para darnos cabal cuenta de esto, apreciemos este detalle: hay en los Estados Unidos, hoy, 124 Universidades que tienen una dotación de más de dos millones de dólares. El total de estas dotaciones llega a 1,300 millones de dólares. No estoy hablando de inversiones en los edificios mismos, ni en equipo, sino del dinero que tienen invertido a interés, para usar de su renta en los gastos ordinarios de cada año.

Para hablar globalmente, de nuestra América, digamos de una vez por todas que la mitad de nuestra población es analfabeta, al paso que, en los Estados Unidos, sólo el 4 o/o es analfabeto. Me refiero, naturalmente, a los que están en edad de saber leer y escribir.

Veamos ahora cómo los Estados Unidos están construyendo su civilización y su progreso espiritual sobre una plataforma de prosperidad económica, que les ha permitido dar tal ímpetu a su plan de educación pública.

Como preámbulo voy a citar a un filósofo inglés, bien conocido en el mundo entero, a quien no se puede tachar de chovinismo yanqui, a Bertrand Russell.

Dice este filósofo: que la mejor obra que se haya hecho en los últimos años en parte alguna del mundo, acerca de filosofía y psicología, ha sido hecha en los Estados Unidos.

No diremos que el estudio de la arqueología sea una actividad industrial para ganar dinero, pues, no cavan los profesores universitarios las ruinas de la antigüedad para sacar carbón o petróleo, sino para descubrir la senda espiritual que el hombre ha recorrido en el pasado. Y bien, no hay ningún otro país que dedique tanto tiempo y dinero como los Estados Unidos a los estudios arqueológicos, en el mundo entero. Más de veinte universidades e instituciones de esa civilización estuvieron empeñadas, sólo el año pasado, en expediciones arqueológicas, en Méjico, Titicaca, Alaska, China, Perú, Yugoeslavia, Atenas, Bagdad, Caldea, Mesopotamia, los Himalayas, Jerusalem, y tantos otros lugares, sin contar las múltiples escavaciones hechas en los propios Estados Unidos.

Casi todos los descubrimientos arqueológicos hechos en los últimos años en todo el mundo, fueron realizados por investigadores norteamericanos, enviados por Universidades e instituciones norteamericanas. Yo creo que movería a risa decir que la Universidad de La Habana, o la de Chile, o la de Cartagena, han enviado una comisión de sus profesores, con el dinero necesario

a hacer excavaciones arquelógicas en la Mesopotamia o en los Himalayas. Nos parece más natural que vengan los Estados Unidos hasta el mismo Polo Sur, a explorarlo, a pesar de estar ese Polo, por decirlo así, en nuestra propia casa.

Los cables nos acaban de decir que el jueves pasado zarpó de Boston el "North Star" (la Estrella del Norte) para el Polo Sur, nuestro Polo, con el explorador Byrd, que ya ha estado allí antes. ¿Qué naturales carcajadas no provocaría la idea de que nuestro Presidente, que tanto gusta de viajes, hiciera que el Gobierno del Frente Popular financiara una expedición al Polo Sur? ¿Y otra al Polo Norte?

Y la astronomía, ¿es una ciencia utilitaria? ¿Alguien estudia los astros con la esperanza de conquistarlos o colonizarlos, para tener nuevos mercados? Los más importantes descubrimientos de la astronomía se han estado haciendo últimamente en los Estados Unidos. Laplace ha sido inteligentemente corregido allí. (15) En los Estados Unidos están los mejores observatorios del mundo. De los nueve telescopio más potentes que existen en todo el planeta, cinco están en los Estados Unidos, y ninguno en nuestra América. Y los propios Estados Unidos tienen observatorios en otros países. (16)

En la lista de los descubrimientos biológicos de los últimos años, los Estados Unidos figuran en prime-

ra línea. En química y física ocurre algo parecido. En medicina principia a ocurrir otro tanto. Y nosotros ¿qué papel hemos desempeñado como creadores?

De los 134 inventos industriales más famosos del mundo, como el teléfono, el buque a vapor, la turbina, la máquina de coser, el dínamo, la telegrafía, etc., 85 han sido hechos por hombres de la civilización anglosajona de nuestra América, y ninguno por hombres de nuestra civilización hispanoamericana.

Alfredo Nobel, inventor de la dinamita, murió a fines de 1896, y dejó nueve millones de dólares, con cuyos intereses deben pagarse premios anuales a los hombres que más contribuyan al avance de la física, de la química, de la medicina, de la literatura y de la paz. No creo que el jurado establecido para conceder estos premios sea infalible. Pero, ¿no es significativo que desde que se iniciaron los premios, en 1901, hasta hoy, se hayan concedido 19 premios a hombres de los Estados Unidos y sólo uno en la América española, obtenido por Carlos Saavedra Lamas, de la Argentina, por su ayuda en lograr la paz en el Chaco? (17)

¿Dónde están las lumbreras geniales de nuestra América hispana? El descubrimiento de la verdad, el avance de la ciencia, es la manifestación más alta de la cultura. No se podría escribir la historia del progreso científico de la humanidad, omitiendo la civilización

del Norte de América. Pero, para escribir la historia del progreso científico de la humanidad, se puede prescindir de nuestra civilización hispanoamericana, con muy pocas excepciones, como la de Finlay, que se ufanaba de no ser cubano, sino anglo-sajón. El haber nacido en Cuba no lo hacía cubano, ni hispanoamericano, —sostenía—así como el que un hombre nazca en un gallinero no lo hace gallina.

Consideremos el panorama de otras civilizaciones, crueles, injustas, con millones de esclavos, de siervos, con infinito dolor humano; esas civilizaciones han podido decirnos, mostrando nuevas lumbreras en la senda del progreso: para esto ha sufrido nuestro pueblo: todas nuestras congojas no han sido sino los inevitables dolores del parto. Aquí están los progresos de la ciencia, del arte, de la industria. La vida es más fácil, y más feliz para los que vienen detrás.

Nosotros no podemos decir otro tanto. Nuestra larga tragedia de sufrimientos no ha ido encendiendo lumbreras en las avenidas del progreso humano. No hemos aportado a la humanidad, en su conjunto, mayores oportunidades de bienestar, más hondas fuentes de felicidad.

Miremos este problema desde el ángulo que lo miremos, si hacemos el balance de nuestra civilización con espíritu realista — como se hacen los balances — y no

con espíritu poético — como se hacen los versos — tendremos que llamar a un síndico, y declararnos en quiebra, confesando que hemos defraudado al mundo y que nos hemos defraudado nosotros mismos.

¿Somos una raza inferior a la de los Estados Unidos?

Lo que he hecho hasta ahora es mostrar en forma sincera, desnuda, sin colorete, nuestra verdadera situación de inferioridad. Sólo viendo el mal sin miedo y analizándolo, se puede intentar curarlo.

Antes de seguir adelante, debemos aceptar, como hombres enteros que somos, esta conclusión: hasta ahora, la civilización que hemos creado en Hispano América, comparada con la civilización de la América Anglosajona, es lo que un grano de trigo comparado con el globo terrestre.

Y a punto seguido, y antes de entregarnos a ningún desesperado pesimismo, vamos a averiguar por qué. Cabe preguntar primero: ¿Hay razones ineludibles para que esto sea así? ¿Estamos fatalmente destinados a seguir siendo cincel para modelar civilizaciones extrañas, y no mármol en el cual modelar nuestra propia civilización?

¿Estamos condenados por la naturaleza a ser in

feriores a la civilización del Norte y a ser vasallos de su poderío, tal como el águila está destinada a volar por los aires, y el gusano a arrastrarse por la tierra?

¿Qué nos ha condenado a esta inferioridad? No por cierto la pobreza de nuestro suelo, mucho más amplio que el de los Estados Unidos, suelo en el cual la civilización del Norte viene a buscar hierro, cobre, petróleo, maderas, azúcar, café, cuanto puede necesitar la industria humana. No es la tierra, no es el suelo de nuestra América lo que nos ha fallado. ¿Han sido los hombres?

Cuando yo estudiaba en las escuelas secundarias de Chile, se me enseñó que nuestra relativa inferioridad, comparados con los Estados Unidos, se debía a la diversa clase de hombres que colonizaron la una y la otra América. Se me dijo que, al paso que al Norte emigraron hombres escogidos que iban en busca de libertad de conciencia, hombres que cruzaron el océano con sus esposas, nuestra América fué colonizada por la hez de España, aventureros y ex presidarios, que vinieron a nuestras playas, sin esposas, en busca de oro y no de hogar.

Después, leyendo a escritores muy en boga en mi primera juventud, se me llevó a la creencia de que el pueblo anglo-sajón que pobló la América del Norte era

únicamente un pueblo muy superior al pueblo indio que colonizó nuestra América.

Si admitiéramos lo anterior como verdadero, hay podríamos renunciar a toda lucha y a todo esfuerzo. Si nuestra inferioridad es intrínseca, inherente a nuestra raza, lo único que tenemos que hacer será resignarnos a un perenne atraso. La única manera de poder hacer civilización en nuestro suelo sería traer otra raza aquí y desalojarnos a nosotros, o extinguirnos.

Antes de seguir adelante, tenemos que estudiar esto con alguna detención. Es de capital importancia. Con mármol se puede hacer una estatua de mármol; con bronce, de bronce. Pero con barro sólo se puede hacer una estatua de barro.

Nuestra América está poblada por un conglomerado, principalmente de tres agrupaciones raciales: española, india y negra. Que esta mezcla nueva de razas que se está formando aquí es intrínsecamente inferior a la raza — o conjunto de razas — de los Estados Unidos, lo sostienen todavía muchos hombres de nuestra América. Acerca de este tema sostuve toda una controversia pública con un distinguido abogado de Cartagena. Necesitaría dictar toda otra conferencia aquí para mostrar a este auditorio cómo dejé herméticamente demostrado que mi contendor estaba en error

étnicamente un pueblo muy superior al pueblo latino que colonizó nuestra América.

Si admitiéramos lo anterior como verdadero, bien podríamos renunciar a toda lucha y a todo esperanza. Si nuestra inferioridad es intrínseca, inherente a nuestra raza, lo único que tenemos que hacer será resignarnos a un perenne atraso. La única manera de poder hacer civilización en nuestro suelo sería traer otra raza aquí y desalojarnos a nosotros, o extinguirnos.

Antes de seguir adelante, tenemos que estudiar esto con alguna detención. Es de capital importancia. Con mármol se puede hacer una estatua de mármol; con bronce, de bronce. Pero con barro sólo se puede hacer una estatua de barro.

Nuestra América está poblada por un conglomerado, principalmente de tres agrupaciones raciales: española, india y negra. Que esta mezcla nueva de razas que se está formando aquí es intrínsecamente inferior a la raza — o conjunto de razas — de los Estados Unidos, lo sostienen todavía muchos hombres de nuestra América. Acerca de este tema sostuve toda una controversia pública con un distinguido abogado de Cartagena. Necesitaría dictar toda otra conferencia aquí para mostrar a este auditorio cómo dejé herméticamente demostrado que mi contendor estaba en error

Los negros y los indígenas de la América Española

Debo referirme a los negros de nuestra América, porque los tenemos en abundancia, traídos por la avaricia de los blancos. Y debo referirme a ellos, porque muchos que creen en la inferioridad de esta raza, nos dicen que es una de las causas que han detenido la marcha de nuestra civilización, y que la seguirán deteniendo.

Hay en la América latina 22 y medio millones de negros, lo que en una población total de 111 millones y medio, nos da un 20 por ciento de población negra. No creo yo que debamos seguir trayendo negros a nuestra América, ni directamente del Africa, ni de Jamaica, como lo han estado haciendo compañías norteamericanas en Cuba, Panamá, y Centro América. Pero los que han nacido y crecido en nuestra América por generaciones son parte integrante de nuestras razas, y son parte de la arcilla con la cual tenemos que hacer nuestra civilización. ¿Han de ser ellos valla para nuestro progreso?

Todo esto de la superioridad o inferioridad de las razas lo venimos leyendo en libros desde que se descubrió la América. Nuestros indios, y los africanos que

importamos a este nuevo mundo, no han sido considerados como hombres sino como bestias. Durante cierto tiempo se creyó positivamente que no tenían alma. (18).

Pero la verdad es que nuestros negros de América no son intrínsecamente inferiores en inteligencia bruta a la raza blanca que domina en nuestros países. Lo han demostrado cuando se han puesto en contacto activo con la civilización. Para comprobar esto me es imposible entrar siquiera en los detalles más importantes, sin prolongar demasiado esta disertación. El tema de la pretendida inferioridad intrínseca de la raza negra lo ventilo yo en una conferencia dedicada exclusivamente a este tópico. Diré ahora sólo esto: a pesar de que los negros han sido casi siempre sistemáticamente excluídos de la influencia de la civilización en los Estados Unidos, los diez millones de negros de ese país tienen sufi'ciente riqueza en su poder, ganada por ellos, para comprar todas las tierras de Colombia, con población casi igual (9 millones), y comprar todas sus propiedades urbanas, en una palabra para pagar por el valor actual de todos los valores muebles e inmuebles de Colombia. Y agregaré esto otro: el analfabetismo entre los negros de los Estados Unidos es menos de la mitad del analfabetismo de Colombia, incluyendo en Colombia a los blancos.

En cuanto a los indios de nuestra América, he

mos oído a Blasco Ibáñez, después de visitar a Méjico y de estudiar a ese país muy superficialmente, cuando dijo que sólo podría hacerse civilización allí, eliminando al indio. El nuevo Méjico que se levanta, y que principia a educar al indio, ha dado un mentís al novelista español. En Chile se puede comprobar que el araucano es tán inteligente como cualquiera otra raza. Y haciendo clases y análisis mentales a los niños de las escuelas rurales panameñas, he visto que los indios de Panamá no son inferiores en inteligencia a los españoles de Panamá.

Tenemos el caso de la meseta central de Costa Rica. En ella no ha habido mezcla de indios ni de negros con los españoles allí establecidos. ¿Son los habitantes de la meseta central costarricenses más inteligentes que los hispanoamericanos de otros países con mezcla de indios y de negros? De ninguna manera.

Inteligencia, carácter y bondad en la América Española

Pero descartando, por un momento, el caso de los pueblos indios, aborígenes de nuestra América, y descartando la cuota de sangre africana que hay en nuestro suelo, queda la verdad de que el núcleo prin-

cipal, dirigente, de nuestra civilización, es de estirpe española. ¿Hemos de aceptar que la inteligencia española es inferior a la inteligencia de la América anglosajona?

No voy a dar una lista de lumbreras españolas. Voy a referirme a los tres aspectos principales de la vida: a la inteligencia, a la acción, a la bondad.

Will Durant, uno de los espíritus superiores de la América anglosajona, ha escrito un hermoso y profundo libro, que ha adquirido fama mundial: me refiero a su Historia de la Filosofía. En este libro, que presenta sólo a los más grandes filósofos que ha producido la humanidad, están Platón, Aristóteles, Bacon, Espinoza, Kant, Spencer. Son unos pocos, los más grandes espíritus filosóficos del mundo. De los Estados Unidos Will Durant escoge para su serie a tres filósofos, de los cuales uno, Jorge Santayana, es español. Esto sorprenderá a muchos, imagino. En la lista de los tres más grandes filósofos norteamericanos no está Emerson, familiar a todos nosotros, y está Santayana, casi desconocido entre nosotros. Santayana nació en Madrid en 1863, y es español, no sólo por nacimiento sino también porque sus antecesores lo eran. Fué llevado a los Estados Unidos cuando tenía nueve años. Estudió en Harvard, y enseñó en esa Universidad desde que tuve 27 años, hasta cumplir cincuenta.

Su obra monumental, en cinco volúmenes, "La Vida de la Razón" lo coloca casi de repente en el pedestal de los más grandes filósofos.

Al lado de este caso cumbre, pueden citarse centenares de otros de no tan alta trascendencia. Gastón Nerval, ¿quién es? Lo conocí en Panamá. Su modestia no revela quién es. Escribe una columna editorial cuotidiana en uno de los mejores diarios de Washington. Su libro reciente, escrito por él en inglés, lo ha puesto en la cúspide de los escritores norteamericanos.

¿Quién es Gastón Nerval? Un boliviano, que a la edad de 21 años no sabía una palabra de inglés. Un caso parecido es el de Ybarra, el venezolano. Lo anterior por lo que respecta a la inteligencia pura.

Es un hecho que se puede demostrar que ni el negro, ni el indio hayan de ser impedimento, ni han sido impedimento por escasa inteligencia, para la marcha de nuestra civilización hispanoamericana.

Pero debe insistirse en que es la raza española la que domina y dirige nuestra civilizaicón incipiente. Y que la raza española no es inferior a la anglosajona puede demostrarse, casi como se haría una demostración algebráica.

Yo he sido profesor en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos. He tenido en esos países centenares de alumnos, y los he tenido en igual

número en varios países de nuestra América. Esto nos ha permitido llegar a la conclusión de que no hay tal inferioridad mental en nuestra raza.

Cuando los Estados Unidos ingresaron en la guerra mundial, se hizo allí un estudio psicológico de un millón de norteamericanos, y se llegó a la conclusión de que más del 60 o|o de ese millón — y en consecuencia de todo el país, pues ese millón era representativo del conjunto de la nación — estaba formado por morones, es decir, por adultos que tenían la mentalidad de un niño de seis años. No creo yo que haya una proporción mayor de morones en la América española, incluyendo a nuestros indios y negros. (19)

Lo anterior por lo que respecta a la inteligencia pura.

En la acción, los Estados Unidos tienen a Washington, y nosotros tenemos a Bolívar. El libertador del Norte aparece como una figura mayor ante el mundo porque los Estados Unidos han adquirido mayor relieve mundial. El marco en que está brilla más, pero el lienzo verdadero, la figura misma, no vale más.

Y en el campo de la bondad, que es la cumbre del alma humana, los Estados Unidos tienen a Lincoln a quien nadie querría derribar de su pedestal. Pero, sin falso chovinismo, yo creo que nuestra raza española en nuestro territorio americano, puede mostrar un hom-

bre superior. ¿Cuál es el hombre nuestro que deja en la sombra el nombre de Lincoln? ¿Cuál?

Bartolomé de las Casas. Diccionarios enciclopédicos modernos dicen todavía de él que hizo exagerada defensa de los indios. Bartolomé de las Casas es una de las más grandes figuras que ha producido la humanidad. Se le acusa de haber traído a los negros a nuestra América, para aliviar a los indios. El prefería que se les diera el trabajo rudo a los negros porque eran más fuertes, como el que protestaría de que se pusiera a una oveja a tirar una carreta, y pidiera que en su lugar se pusiera un buey. Por otra parte, defendió a los negros contra el abuso, como defendió a los indios.

Pero eso no es todo. Pueden citarse casos de crueldad infinita de parte de los colonizadores de la otra América. ¿Conocen los que oyen la Universidad de Amherst? Amherst College, Massachusetts, es una de las más famosas Universidades de los Estados Unidos. Allí estudiaron el ex Presidente Coolidge; Morrow el ex Embajador de los Estados Unidos en Méjico, que fué suegro de Lindbergh, y muchas otras grandes personalidades de ese país. Amherst College lleva el nombre de Jeffrey Amherst, uno de los conquistadores anglosajones de la América del Norte. En una de las instrucciones que dió a sus subalternos, para que concluyeran con los indios, les dijo textualmente lo que sigue:

"Es recomendable que tratéis de contagiar a los indígenas por medio de mantas en que hayan dormido enfermos de viruela, así como por el empleo de cualquier medio que tienda a la extinción de esta raza execrada. Mucho me satisfaría que se pudiera poner en práctica el darles caza con los perros".

Se nos acusa de perezosos, y allí quieren encontrar algunos la clave de nuestra inferioridad. Se dice que la otra raza ha surgido económicamente, el paso que nosotros hemos quedado estancados, porque allí hay espíritu de trabajo y aquí no lo hay. ¿Somos realmente perezosos? ¿No trabajamos de sol a sol en casi todas las actividades de la vida? ¿No hemos ido a la zaga de los Estados Unidos en la reducción de las horas de trabajo?

Se nos acusa de falta de carácter, de ningún espíritu de empresa, de perseverancia. ¿Qué nos dicen nuestras guerras de la independencia? ¿Qué nos dicen el empuje, el valor, la perseverancia, el espíritu de sacrificio y la capacidad de resistencia de los españoles de hoy en su guerra para salvar a la república?

Otros quieren explicar el atraso de nuestra civilización diciendo que somos pueblos jóvenes. No raza joven, sino pueblos jóvenes, pues hay en nuestro pasado tantos abuelos como los hay en cualquiera otra raza.

Es cierto que una nueva raza demora en echar raíces en su nuevo suelo al cual ha sido trasportada. Pero no estamos comparando la civilización hispanoamericana con la civilización egipcia, o griega, o romana sino con la civilización de la América del Norte. Estas dos civilizaciones son casi de la misma edad, más antigua la nuestra que la de ellos. Fundamos Universidades antes que ellos. La de San Marcos en Lima, se fundó en 1553, y la de Córdoba, Argentina, en 1613, antes de que hubiera Universidad alguna en los Estados Unidos. La Universidad de Cartagena tiene ya un siglo. La Universidad de Chicago no tiene todavía medio siglo.

Si no es la corta edad, si no es la inferioridad de nuestro medio geográfico, de nuestro suelo, de nuestra tierra, de nuestro clima; ni es la inferioridad de nuestros pueblos, ni en inteligencia ni en carácter, lo que nos ha mantenido en una condición de inferioridad, ¿qué es, entonces, lo que nos ha condenado a nuestro atraso?

Para hacer este estudio en forma realista, con la verdad al frente, es lo más natural y lógico que veamos cómo se ha formado la civilización anglo-sajona de nuestra América. Es natural que veamos cómo han desarrollado ellos su riqueza, su independencia económica, que han sido la plataforma sobre la cual han construído su civilización.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Lo que demora hacer una civilización

El hombre demora lo mismo ahora que antes en desarrollarse, cómo demora lo mismo en pasar de larva a crisálida la mariposa. Pero una civilización se puede hacer en medio siglo, si se dispone de los elementos necesarios y de la voluntad para hacerla. Los elementos necesarios los tenemos. La voluntad es la que debemos buscar en nuestra América.

No importa que, como Santayana, creamos que nuestra alma es una complicada red material de nervios y tejidos, o que creamos que es una chispa divina que nos viene del cielo. Pero, sí, importa que esa alma nuestra tenga, como parte esencial, como núcleo, como razón de ser, la creencia, la convicción, la resolución inapelable de que nuestra América española es, en espíritu y en carne; en hierro y en sangre; en carbón y en nervios, física y espiritualmente, tan capaz—si no más — como la civilización del Norte.

Esta convicción, que debe ser parte de las fibras y de los nervios y de los tejidos de nuestro cuerpo, la necesitamos para la obra que vamos a hacer, al darle un nuevo génesis a Chile y a nuestra América.

II

Vimos en la disertación anterior que nuestra civilización hispanoamericana es muy inferior a la civilización norteamericana, a pesar de que hemos tenido el mismo tiempo para crecer, de que tenemos un territorio más grande y más rico, de que tenemos casi la misma población, con la misma inteligencia. Ahora nos corresponde ver a qué se debe esta inferioridad nuestra; nos corresponde ver cómo se ha hecho la civilización del norte; nos corresponde ver qué nos ha detenido a nosotros. Y en la próxima disertación veremos cómo debemos proceder para recuperar el terreno perdido y para que cristalicen en realidad las infinitas potencialidades civilizadoras de nuestra América.

En el solar vecino, al otro lado de nuestro cerco continental, con el mismo material que nosotros tenemos, sobre roca tan sólida como la nuestra, con hombres tan capaces como nosotros, en el mismo tiempo, se ha construído un palacio, mientras nosotros sólo hemos levantado una cabaña. Debemos mirar hacia el otro lado, para ver cómo lo han hecho. No para ver cómo se divierten, cómo bailan, cómo juegan en el palacio — que es lo que generalmente vemos — sino para ver cómo hicieron el palacio, desde que cavaron la

tierra, para poner los cimientos, hasta el tallado de la última cornisa. Es decir, vamos a estudiar esto de una manera diferente, de una manera nueva, no mirando sólo la epidermis de la realidad, sino el núcleo mismo de la realidad.

Supongamos que en todo el mundo no existiera sino la América, el Nuevo Mundo; que una catástrofe sísmica destruyera toda la Europa, toda el Asia, toda el Africa. ¿Podría seguir viviendo económicamente la América entera, en el mismo plano anterior de civilización? Sí, podría; continuando nuestra América española como subsidiaria de la América anglosajona.

Supongamos ahora que en todo el mundo no existieran sino los Estados Unidos, que aun la América española desapareciera. ¿Podrían los Estados Unidos seguir viviendo económicamente, en el mismo plan de civilización anterior? Sí, podrían. Les faltaría el azúcar de Cuba; pero en unos cuantos años lo reemplazarían con azúcar nacional, de caña, y de remolacha, y de maíz, y de alcachofas, como ya lo están haciendo. El café lo reemplazarían con otras bebidas, lo mismo que el té.

Supongamos, por último, que en todo el mundo no existiera sino la América Española; que todo el resto del orbe hubiera desaparecido. ¿Podría seguir viviendo nuestra América su vida económica anterior.

en su mismo plano de civlización? No. Nos arrastraría un cataclismo económico. En materia de civlización retrocederíamos un siglo.

Pongamos este ejemplo de otra manera. En medio del bosque hay un roble, que se alimenta de su rico suelo, con sus raíces potentes. En el tronco del roble crecen orquídeas de diferentes colores, y de variada belleza. Si el roble desaparece, ¿siguen viviendo las orquídeas? No. Mueren, desaparecen también. Pero si desaparecen las orquídeas, ¿muere también el roble? No; sigue viviendo tal como antes.

¿No ha llegado ya mi auditorio a la lógica, categórica, inevitable, conclusión? Los Estados Unidos son independientes económicamente. Son el roble de la selva. Nuestros países hispanoamericanos son dependientes de ellos económicamente. Son sus parásitos. Eso es la América española: un parásito económico de la América anglosajona.

Para tener vida propia y civilización propia, tenemos que hacernos económicamente independientes. Tenemos que dejar de ser parásitos. Echar abajo el roble de nada nos serviría. Caeríamos con él. Para estudiar y comprender nuestro caso, debemos ver cómo se han hecho económicamente independientes los Estados Unidos, que principiaron su vida siendo parásitos de Europa. Tenemos que ver cómo crearon ellos su savia

propia, como crearon su riqueza. Y, naturalmente, eso nos lleva primero a ver qué es riqueza. Este estudio es esencial hacerlo. Hemos visto que la civilización norteamericana se ha construído sobre una plataforma económica, sobre su riqueza social; hemos visto que somos satélites de esa civilización porque los Estados Unidos son ricos y nosotros somos pobres. Por eso es indispensable determinar primero qué es riqueza, problema acerca del cual rara es la persona que tiene un concepto claro y cabal.

El dinero no es riqueza

Evidentemente, el dinero en sí no es riqueza. Es decir, los billetes bancarios, aunque sean emitidos por el Estado, no son riqueza. Son una divisa representativa de la riqueza. Esta divisa no tiene un valor fijo. Tiene toda clase de fluctuaciones. El peso, y las otras divisas monetarias de nuestros países hispanoamericanos, tienen un valor que ha variado mucho en nuestros cincuenta años largos de vida independiente. En Colombia, no hace mucho, un peso era un centavo norteamericano.

El marco alemán llegó en una ocasión a valer tan poco, que, imprimiendo billetes de mil marcos, con todos los billetes que se fueran imprimiendo no se habría podido pagar el valor del papel que usaban los

prensas. Antes de la guerra mundial, un dólar valía cuatro marcos. En octubre primero de 1923, un dólar valía tres mil ochocientos millones de marcos. Un mes después valía ciento sesenta y siete mil millones de marcos. Y al cabo de otro mes, un dólar valía siete billones de marcos. (7.000.000.000.000). A los obreros había que subirles los salarios todos los días, y pagarles cada hora, esperando la paga las esposas en las puertas de las fábricas, debiendo correr a la tienda a gastar lo recibido, pues unos cuantos minutos hacían descender el valor del papel que llevaban.

Es evidente, pues, que el billete no tiene valor si el que los emite no tiene valores reales que lo respalden, es decir si no es divisa de una riqueza existente. Es esto tan evidente, como es evidente que el cheque del que gira de un banco no tiene valor alguno si el girador no tiene dinero, ni crédito en el banco.

El oro no es riqueza

Muy bien. Hasta aquí, imagino que nadie pone en duda lo dicho. Es de evidencia transparente. Digamos entonces que el oro es riqueza. Pensemos. ¿Es el oro del mundo la riqueza del mundo? Nuestra civilización moderna ha escogido el patrón oro como representativo de su riqueza, porque éste es un metal

relativamente escaso, y apreciado universalmente para joyas. No fué siempre el oro la moneda representativa de la riqueza, pues es sabido que moneda han sido pedazos de vidrio, conchas de molusco, barras de diversos metales, piedras, plumas de aves, semillas de cacao. Pero, sí, el oro, desde muy antiguo, ha tenido la primacía para figurar como moneda en muchos países, y es hoy día el representante por excelencia de la riqueza. Pero nuestra pregunta es si el oro es realmente riqueza, o si es sólo una mercancía muy apreciada. ¿Una onza de oro vale treinta y cinco dólares? ¿O treinta y cinco dólares va'en una onza de oro? ¿Es estable el valor del oro? ¿O su valor sube y baja? Ahora es más o menos estable porque el gobierno de los Estados Unidos le ha fijado un precio para comprar todo el que se le ofrezca. Pero consideremos que el actual gobierno de Roosevelt le ha casi duplicado su valor. Se lo puede bajar también.

Se calcula que hay en el mundo unos veinte mil millones de dólares en oro, acuñados o en barra. Antes del cambio de su valor en los Estados Unidos, esta cantidad, era, naturalmente, de poco más de la mitad de esa suma. Principalmente en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia, está este oro, acuñado, o en barras. Se le guarda en inmensas bóvedas subterráneas. No se usa para la circulación. En los Estados Unidos

está prohibido a los ciudadanos acumular oro. En casi todos los países se prohibe su exportación. ¿Representan estos veinte mil millones en oro la riqueza del mundo? Considérese que sólo la producción anual de los Estados Unidos, de la industria y la agricultura, vale treinta mil millones de dólares. Es decir el producto anual del trabajo de un país vale más que todo el oro que hay en el mundo. El producto, digo no la existencia en tierras, fábricas, y todos los valores acumulados a través de los siglos. ¿Puede decirse con propiedad que el oro representa la riqueza del mundo? ¿Se puede comprar toda la riqueza del mundo con todo el oro del mundo? Imposible. Unos cuantos millonarios norteamericanos tienen entre ellos una fortuna que suma más que todo el oro que existe en el mundo. Es decir, en libre circulación el oro, ellos, esos pocos millonarios, podrían comprar todo el oro que existe en el mundo y guardarlo en arcas propias.

Consideremos esto desde otro punto de vista Imaginemos que todo el oro que guardan en sus bóvedas subterráneas las grandes potencias, se hundiera hacia el centro de la Tierra, que desapareciera. ¿Se concluiría por esta razón la riqueza del mundo? ¿Sería la humanidad más pobre? O a la inversa, supongamos que los modernos alquimistas pudieran hacer el oro con la facilidad con que hacen el cemento, de tal ma

nera que las casas pudieran ser hechas de oro; suponga-
mos que el oro fuera tan abundante como el aire,
¿sería más rica la humanidad? Evidentemente que no.

Es a todas luces, una verdad que el oro no es ri-
queza. Una conferencia especial dedico a demostrar que
el oro no es sino una mercancía, y que no es más ri-
queza que una mercancía, la cual, como veremos más
adelante, tampoco es riqueza.

Los recursos naturales no son riqueza

Sigamos nuestro análisis, en busca de lo que es ri-
queza. Ya hemos demostrado que ni los billetes, ni
el oro son riqueza. ¿Podremos decir con propiedad que
los recursos naturales son los que forman la riqueza?
Se nos dirá que riqueza son los campos cultivados, los
bosques de madera, las minas de carbón, cobre, hierro,
estaño; los yacimientos de petróleo. Pero, ¿es eso, en
sí, riqueza? Lo es, si se explota, y sus productos tie-
nen salida en el mercado humano. Pero los recursos
naturales no son riqueza si no se explotan con provecho
económico. En las profundas entrañas de la Tierra, o
en el fondo de los mares, o bajo los hielos polares
puede haber mucho carbón, o cobre, o hierro. Pero to-
do eso, si no se explota, si no se puede explotar, no se-
rá más riqueza humana que el oro que pueda existir

en una estrella recién descubierta, cuya luz demora millones de años en llegar hasta nosotros.

Pongamos esto más claro aún. Supongamos una mina de carbón que da productos tan pobres que no desarrollan calorías que puedan aprovecharse. ¿Será riqueza esa mina? No, porque lo que produce no es utilizable para el hombre. Supongamos que se encuentra la manera de aprovechar ese carbón, de hacerlo dar un rendimiento de alta compensación económica. ¿Será riqueza esa mina? Sí, si sus productos pueden ofrecerse en el mercado, y encuentran compradores. Supongamos ahora, mera suposición, que se encuentra la manera de aprovechar la energía solar en forma tan económica que el uso del carbón resulte más caro. ¿Será riqueza esa mina? No lo será, como no lo será ninguna mina de carbón.

Conclusión natural: para que los recursos naturales sean riqueza es necesario que se puedan explotar, que se exploten, y que sus productos sean solicitados en el mercado humano. De lo contrario, no son riqueza, aún cuando decimos que un país es muy rico cuando tiene muchos recursos naturales. Más lógico sería decir que ese país tiene riqueza potencial. La América española tiene más recursos naturales que los Estados Unidos; y es, como hemos visto, inmensamente más pobre.

Se nos dirá, entonces, que las fábricas, los ferro-

carriles, los buques, todo el equipo industrial para producir y distribuír, es lo que constituye la riqueza. Y si eso sólo no es riqueza, eso, más los recursos naturales, más dinero, ha de ser, ciertamente, riqueza. En otras palabras, poseer recursos naturales, bosques, tierras, minas, y poseer dinero y maquinaria para explotar esos recursos naturales, eso, sí, debe ser riqueza. Pero, ¿es esto así?

El equipo industrial no es riqueza, ni aun combinado con el dinero y los recursos naturales

Hemos visto a miles de fábricas que estuvieron de para, a pesar de tener dinero, y materia prima para ponerlas en marcha. La crisis mundial, que tuvo a tantas fábricas cerradas, y a millones de dólares ociosos, nos está probando que el equipo industrial no es riqueza, ni aún combinado con el dinero y con los recursos naturales. Una fábrica que está de para, con sus motores ociosos; un tren que no corre por sus paralelas de acero; un transatlántico que no surca los mares, no sólo no son riqueza, pues nada producen sino que son algo opuesto a riqueza: pues hay que gastar dinero para evitar su deterioro.

Los obreros no son riqueza

Se nos podrá decir que la riqueza está, primordialmente, formada por los obreros, por la mano de obra, por los brazos productores. Pero para que el obrero constituya riqueza, tiene que estar trabajando y produciendo algo que reclame el mercado, que el público consumidor pueda pagar. No podemos decir que fueran riqueza los veinte millones de hombres desocupados que hubo en el mundo durante la crisis. ¿Por qué los Estados Unidos y, prácticamente, todos los países, se niegan a recibir inmigrantes? ¿Por qué se trata de expulsar de los diversos países a los extranjeros, negándoles trabajo? Si son riqueza, ¿por qué se rechaza esta riqueza?

Un obrero que no tiene trabajo, y que no puede tener trabajo, es lo contrario de riqueza, como lo es una máquina desocupada, por cuyo mantenimiento y conservación hay que pagar dinero. La mano de obra que no produce mercancía vendible en el mercado humano no es riqueza. Es sólo consumidora. Es un valor negativo. No hace muchos años, se propuso seriamente en China la matanza de millares de hombres a quienes no se podía alimentar, considerando que era más humano matarlos de una vez, que dejarlos perecer lentamente de hambre. No, el obrero no es riqueza,

sino cuando hay consumidores que puedan pagar por lo que él produzca.

La mercancía no es riqueza

Reconocido que nada de lo anterior es riqueza, se nos podrá decir triunfalmente que la mercancía es riqueza. ¿Quién puede negar que son riqueza el trigo, el pan, los zapatos, la ropa, el arroz, el café, todo lo que el hombre necesita para vivir, y que está listo para su distribución? Pero nada de esto es riqueza, aunque esté listo para venderse, si no se vende porque no hay compradores. De tal manera no es dinero la mercancía acumulada, que no tiene compradores, que hemos visto que se han quemado, deliberadamente, montañas de trigo y de café, y que se han echado al mar cargamentos de fruta, no porque no haya quien consuma todo eso, sino porque no hay bastante gente que pueda pagar por ello. El problema en casi todos los países, no es ahora —no lo fué durante la gran crisis, a lo menos— ver el modo de producir más mercancía, sino ver la manera de reducir la producción. Escuchemos este diálogo, y veamos si no es de una realidad desconcertante.

La hija de un minero que trabaja en las minas de carbón de Inglaterra, le dice en un crudo invierno a su madre, que encienda la estufa, que tiene frío. La

madre le contesta que no puede encender la estufa, debido a que no se puede comprar carbón, porque su padre no tiene trabajo. "¿Y por qué no tiene trabajo mi padre?", pregunta la niña. "Porque hay mucho carbón", contesta la madre.

La riqueza es producción más consumo

¿Qué entonces? ¿Pretendo decir que nada es riqueza? ¿Que la riqueza es algo fantásjico, que existe sólo en nuestra imaginación? No; no quiero decir eso. Pero, sí, quiero decir que es algo relativo, que depende de hombres capaces de usarla y de pagar por ella. Tan relativa es la riqueza como el valor de un libro. Para mí, las Memorias de Confucio, escritas en chino, tienen tan poco valor como la Enciclopedia Británica para un papagallo. La riqueza es una combinación de producción más consumo. Riqueza es lo que tiene valor en el mercado humano, lo que se puede vender, o puede producir algo que se pueda vender.

Todo lo que llamamos riqueza en los Estados Unidos no valdría nada si no hubiera quién pudiera usarlo y pagar por ello en alguna forma u otra. Puede concebirse que toda la isla de Manhattan, con todos sus rascacielos, con todas sus fábricas y puentes, y ferrocarriles, avaluada en 16 mil millones de dólares, dejara de ser riqueza, pasara a valer lo que valía

cuando los inmigrantes la compraron por unos cuantos dólares a los indios que la poseían. Supongamos que un cataclismo, como los de las épocas glaciales, la dejara aislada de tal manera del resto del mundo, que su acceso a ella fuera tan difícil como a la cima de los Himalayas. Nada de eso valdría nada, porque nadie podría habitar sus rascacielos, y nadie podría explotar sus fábricas. O quedando la isla de Manhattan tal como está, pero poblada única y exclusivamente por una horda de salvajes que fueran incapaces de aprovechar sus fábricas, casas, trenes, bibliotecas, tampoco valdría nada eso. No sería riqueza sino montones de acero, de madera y cemento, menos valiosos para los salvajes que los árboles y las montañas de la selva de donde se les sacara.

¿Cuánto vale el Canal de Panamá?

Veamos esto con más claridad aún. La construcción del Canal de Panamá ha costado quinientos millones de dólares. Supongamos que ya no hay más navegación marítima, que toda la locomoción humana se hace por el aire, que no hay buques que pasen por el Canal. ¿Cuánto valdría éste? El hombre, por otra parte, no ha hecho ninguna inversión para crear el bello y famoso Volcán Irazú, en Costa Rica. Ese volcán no produce nada útil. Supongamos aún que es

una amenaza para la vida; pero que hay millones de turistas interesados en visitarlo, y en pagar por esto. ¿No valdría más, no sería mayor riqueza, el Volcán Irazú que el Canal de Panamá?

¿Es riqueza el aire?

Podría poner miles de ejemplos para ilustrar lo que estoy diciendo. Veamos este último. No decimos que el aire sea riqueza. Sin embargo, el oxígeno que se vende en los hospitales para ayudar a los moribundos, es riqueza. El agua de un río que corre por campos sin cultivar no es riqueza; si el agua de ese río se puede aprovechar en canales que rieguen los campos, es riqueza, y si se puede aprovechar como agua potable para una población que pague por ella, es riqueza mayor aún. Todo el hielo de los Polos no vale un centavo; no es riqueza, y vendido por kilos en Nueva York o Chicago, en verano, valdría una fortuna. Sería riqueza.

Riqueza es lo que se puede vender

Aunque parezca cruda esta definición, la verdad es que riqueza es lo que se puede vender, lo que tiene compradores. Ud. posee un bello jardín; cuesta dinero mantenerlo; hay que sembrarlo; hay que podar las

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

plantas; hay que abonar la tierra; hay que pagar a un jardinero para mantenerlo con su belleza. Sin embargo, ese jardín será riqueza, si hay personas interesadas en comprarlo. Si no hay nadie, ni ha de haber nadie interesado en comprarlo, no será riqueza. Y si esto no es así, ¿cómo se explica que no llamemos riqueza a una puesta de sol, que puede ser más bella que el jardín, y que no hay que regarla, ni podarla, ni abonarla? Esa misma puesta de sol, pintada en una tela, evidentemente menos bella que la realidad, tendrá valor y será riqueza, si hay alguien interesado en comprarla.

Consumidores y compradores

Conclusión: no basta que haya productores para que haya riqueza. Es necesario, además, es indispensable, que haya consumidores. Y no sólo es necesario que haya consumidores; es necesario que haya compradores. Pongamos énfasis en esta diferencia entre consumidores y compradores. Para todo lo que se produce en el mundo hay consumidores; para todo el trigo del mundo y para todo el azúcar del mundo; para todos los zapatos del mundo; para todos los automóviles del mundo, hay consumidores. Pero los consumidores que no pueden pagar por su consumo no dan valor a los productos. No puede haber riqueza si el que consume

se paga por los productos. Un campo de trigo consumido por las langostas, que no pagan por su consumo, no produce riqueza.

Todo esto nos lleva a la conclusión de que sólo habiendo grandes masas consumidoras, con salarios que permitan pagar por el consumo, puede haber riqueza. Pero se puede preguntar si no es posible crear riquezas con esclavos a quienes se mantiene con lo exclusivamente necesario para su existencia fisiológica y su procreación, tal como se mantiene a las bestias de carga, o tal como se produce con las máquinas. Investiguemos esto.

En una aislada isla imaginaria

Vamos a imaginar que yo he sido trasladado a una isla desierta, donde vivo con mi familia y con mil esclavos, que eran los únicos pobladores que tenía la gran isla. La naturaleza me ofrece aquí todas las condiciones ideales para explotar sus abundantes y variados recursos naturales. A estos mil esclavos, sanos y robutos, yo no les pago nada como salario en efectivo, sino que les doy tan sólo el alimento necesario para que conserven su vigor físico, de manera que puedan trabajar duramente para mí. Para alojarlos no me preocupo por hacerles casas que sean superiores a los establos que tengo para mis caballos y mu

vacas. No les doy tampoco educación alguna, pues para cultivar el suelo y trabajar las minas no necesitan siquiera saber leer. Ocuparé, sí, a un mayordomo, y a sus ayudantes, para que obliguen, con látigo, a trabajar a mis esclavos, si se resisten a hacerlo.

¿No podré yo, en estas condiciones ideales, hacer una fortuna? Lo tengo todo, prácticamente gratis, materia prima, mano de obra, buenos campos para sembrar, abundante ganado, en buenos pastos. Concedamos todavía que algunos de mis esclavos son capaces de construir para mí una buena casa, y de hacerme los muebles que necesito, y de prepararme buena alimentación. Habrá que admitir que, en tales condiciones, yo podría vivir con cierta holgura. Podré comer y dormir bien. Por cierto, me faltarán mil y uno de los lujos a que estaba acostumbrado, buenos libros que leer, buena música, que no la podré oír ni en un fonógrafo ni en un radio, pues hemos supuesto que estoy aislado del mundo, y tengo que contentarme con los recursos naturales que ofrece la isla. En esta isla hay oro también; pero éste de nada me sirve, pues nada puedo comprar con él.

De qué serviría el oro

La pregunta formulada es: ¿podré yo crear riqueza en esa isla, lo que nosotros entendemos por ri-

queza? Podré tener miles de reses; podrá tener miles de sacos de trigo, cerros de carbón. Pero no puedo consumir sino un poco de todo esto. ¿Qué haré con lo que me sobre? Ni aún las barras de oro que haga sacar de las minas me pueden servir. Yo no puedo tener un automóvli, un radio, una biblioteca, porque eso no lo producen mis esclavos, y porque no puedo comprarlo en el extranjero, ya que estoy aislado del resto del mundo.

Si nos comunicamos con el resto del mundo

Pero... si encuentro la manera de comunicarme con los países civilizados del orbe, ¿no podré vender mis productos, y comprar, en cambio, otras mercancías que no producen mis esclavos en la isla? Claro que sí. Entonces podría crear riqueza, y gozar de casi todas las ventajas de la civilización moderna. Pero, incuestionablemente, esto lo podría hacer porque en alguna otra parte habrá quienes puedan consumir lo que produce mi isla. Es decir, lo que yo produzco pasa a ser riqueza sólo y cuando hay quienes lo consuman y quieran y puedan pagar por ello.

Civilización es, en cierta manera, creación de necesidades

Mire Ud. el problema como lo mire, riqueza es

producción más consumo. Entendido ya esto, podemos ver cómo se crea la riqueza, y podemos ver por qué la han creado los Estados Unidos en tan grande escala y apenas la hemos principiado a crear nosotros, en nuestra América española.

Si con los geólogos, nos vamos miles y miles de siglos atrás, cuando en la Tierra principiaron a aparecer las formas rudimentarias de la vida, y comparamos lo que era entonces nuestro planeta con lo que es ahora, tendremos que convenir en que ha habido una gran transformación artificial, la que se comenzó a operar sólo después de que el hombre apareció en el planeta, el cual principió a adaptarlo a las necesidades humanas. Al hacer esta transformación, para poner el mundo a nuestro servicio, fuimos creando la riqueza de la humanidad. Al hacer este trabajo de adaptación, nos hemos ido transformando nosotros mismos, y nos hemos ido creando nuevas necesidades. En otras palabras, nos hemos ido educando, nos hemos ido civilizando. Civilización es, en cierta manera, la creación de necesidades, la creación de consumidores de nuevos y nuevos productos. Es necesario explayar esto, porque es de capital importancia, y la aseveración aparece algo aventurada, a primera vista.

Si el hombre salvaje no hubiera ido adquiriendo nuevas necesidades, si se hubiera conservado al nivel de las bestias, si no hubiera construido casas, ni ca-

nos, ni hubiera domesticado a los animales, ni cultivado la tierra, conformándose con el alimento natural y crudo que le ofrecía la naturaleza, si no se hubiera ido educando a sí mismo —y educarse es crearse nuevas necesidades— estaría todavía en estado de salvajismo.

Es decir, creando consumidores, educamos y creamos la riqueza, y creando la riqueza creamos la civilización, entendiendo por civilización, como lo hemos dicho antes, una condición de vida humana que ofrezca el máximo de bienestar, y la posibilidad máxima de felicidad para el mayor número de individuos.

Los españoles y los ingleses como colonizadores

Definido lo anterior, cabe preguntar: ¿Vinieron a hacer civilización a nuestra América los colonizadores españoles? ¿Vinieron a crear riqueza? ¿Vinieron a crear producción y consumo? No; vinieron a saquear a este continente, con ménos miramientos de los que tuvieron los Césares de Roma cuando saquearon al mundo antiguo. Vinieron a saquear a la América nuestra en beneficio de España, aprovechando sus recursos naturales, con ayuda de sus esclavos indios, primero, y de sus esclavos negros, después, tal como supuse que lo hacía yo en mi isla imaginaria; sólo que

ellos podían vender sus productos fuera de su isla, es decir, de su continente.

En cambio, en las colonias que son ahora de los Estados Unidos, en el Norte, principiaron a trabajar los mismos colonos europeos, a los cuales no se les podía tratar, ni se les trataba, como yo a mis mil esclavos imaginarios, en mi isla imaginaria.

A primera vista, parece que los españoles debieran haber sacado más partido de la América que los ingleses. Aquí, entre nosotros, había un suelo más extenso y más rico. Había, además, capital, representado por oro puro, y había hombres, a los cuales se les hizo esclavos para trabajar. Es decir, había capital, brazos baratos, suelo fértil, materia prima de todas clases. Esto parece indicar que nuestra América debiera haber sido desde el principio más próspera, y que esta prosperidad debiera haber crecido siempre en mayor proporción que la de la América del Norte. Pero no ocurrió así. Ni España, primero, ni nuestra propia América después, ya independiente, derivaron tanta riqueza de este Nuevo Mundo, como derivaron Inglaterra, primero, y los Estados Unidos, después.

¿Por qué? Ya lo hemos visto. Porque riqueza es producción más consumo. En la América del Norte cada colono era un productor y un consumidor, capaz de pagar por lo que consumía, y por lo que necesitaba para su seguridad, por una buena cosa, una buena co-

secha, buena ropa, buenos zapatos, buena escuela, buena biblioteca. Nuestra población de esclavos, a los cuales no les pagábamos por su trabajo, como no les pagamos a las bestias, a las que sólo alimentamos, no era una población de consumidores. En la América del Norte se creó la producción y se creó el consumo dentro del propio territorio. Se creó riqueza. En nuestra América se creó la producción; pero no la capacidad de consumir. No se creó riqueza. Que esto es todavia, en gran parte, así, lo vemos en la angustia que produjo en Colombia la posibilidad de que su café no pudiera venderse en el exterior a los precios anteriores, debido a la nueva política cafetera del Brasil. Si los Estados Unidos y Europa dejaran de comprarle a Colombia su café, sus plátanos, su oro, su petróleo, allí habría una hecatombe nacional.

Debemos ver ahora cómo los Estados Unidos han aumentado la capacidad de consumo interior, y ver después si nosotros estamos en condiciones de hacer otro tanto.

Los Estados Unidos y los Estados Desunidos de América

La civilización del Norte está formada por los Estados Unidos de América, y nuestra civilización del Sur, está formada por los Estados Desunidos de América. Los Estados Unidos, al formar una fede-

ración de Estados, aunque se pusieron barreras al principio, las suprimieron muy temprano. En cambio, nosotros nos pusimos estas barreras, y las hemos ido aumentando a través del tiempo.

Para comprender esta diferencia capital que hay entre los Estados Unidos y los Estados Desunidos, imaginemos por un momento que en la civilización del Norte, cada Estado fuera una nación independiente, hostil con sus vecinas, como ocurre en la América española. Imaginemos que cada Estado gravara con tarifas la producción de los otros Estados, que no permitiera la inmigración de un Estado a otro, que prohibiera enviar el dinero de un Estado a otro. ¿Qué ocurriría? Que se vendría abajo casi de repente la prosperidad económica de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos consumen el 95 % de su producción

De cada cien dólares de la mercancía y de los productos de la agricultura de los Estados Unidos, más de noventa y cinco dólares se venden en el mismo país, y menos de cinco dólares se exportan. Si se le cerrara a los Estados Unidos todo el comercio de exportación, sus dificultades no serían serias. Pero ponerle trabas a su comercio interior, sería un golpe

de muerte para la economía y la civilización norteamericanas.

En cambio, si la América española se encuentra con que se le cierra el mercado de Europa y los Estados Unidos, su paralización económica sería tal que conduciría a la ruina.

Anotemos, pues, esta diferencia fundamental en la contextura de las dos civilizaciones de nuestra América. Una es un organismo vertebrado, tipo superior de la escala animal; la otra es una criatura invertebrada, tipo inferior de la escala animal. Pero anotemos esto, como un hecho indiscutible: un animal invertebrado, una lombriz, por ejemplo, no puede convertirse, por su propia voluntad, en animal vertebrado; pero nuestra América puede vertebrarse, si lo quiere, como ya lo veremos.

No habría bastado, sin embargo, con que los Estados Unidos hubieran tenido un vasto territorio, con una densa población, sin barreras aduaneras, para tener un gran mercado interior. Rusia, en tiempos de los zares, era una vasta extensión territorial, sin trabas aduaneras, y no desarrolló una gran civilización que diera el máximo de felicidad al mayor número de individuos. China ha sido otro caso similar. Se necesita, además, que esta población tenga capacidad adquisitiva, que pueda comprar los productos de la

industria y la agricultura, pues, como ya lo hemos visto, riqueza es producción más consumo.

Otra isla imaginaria

Antes de seguir adelante y para que se comprenda bien lo que estoy diciendo, vamos a volver al caso de la isla aislada, que supuse me pertenecía a mí, en la cual yo poseía a mil esclavos. Pero ahora se trata de otra isla, tan rica como la anterior en recursos naturales, pero igualmente aislada de todo el resto del mundo. Hay una diferencia capital entre estas dos islas, sin embargo. En vez de ser yo el dueño de esta nueva isla, lo es un individuo más inteligente que yo, que procede de manera muy distinta a la mía. No pone a sus esclavos a trabajar para él y su familia, de sol a sol, bajo el látigo, sin pagarles salario alguno. Ni los trata como si fueran bestias.

El ha llevado consigo a su isla la misma instrucción, la misma información general, que he llevado yo a la mía, y el mismo equipo material. Pero no ha llevado a su isla mi filosofía de capataz de esclavos, sino la filosofía de un director de hombres, no de un conductor de bestias. El no cree que le convenga mantener a la población de la isla como esclavos ignorantes. Cree que es mejor, no sólo para ellos, sino también para él, darles libertad económica, y cierta

libertad política. Cree que es conveniente darles la más amplia educación, técnica y general.

Es lógico suponer que, con el transcurso de los años, la industria, la agricultura, el comercio, la población, la cultura, de esta isla irían aumentando a paso cada vez más rápido. El dueño de la isla, o sus descendientes, que, para el caso da lo mismo, con su dinero, con su oro, o con papel moneda —ya veremos que el oro no es necesario; con su oro, digamos, que antes no tenía para él más valor que las piedras del río, y que él ha convertido en monedas, con las cuales paga a sus obreros, podrá comprar los diversos productos de la isla, que serán al fin de la más variada clase: libros, que allí se escribirían e imprimirían, toda clase de ropa, muebles, bicicletas, automóviles, violines, pianos, conciertos, todo cuanto representa la civilización y la cultura del país de donde él había emigrado.

El no será ya dueño de todo lo que hay en la isla, como lo soy en la mía. Pero su fortuna real, su riqueza, es inmensamente superior a la mía, que sólo tengo en mi isla esclavos que trabajan bajo el látigo, sin recibir para mí otra compensación que comer y dormir. Centenares de miles son las consideraciones que pueden hacerse para comparar estas dos organizaciones sociales, la de mi isla y la de ese otro hombre más inteligente que yo. Que él está en me-

jores condiciones que yo, es incuestionable; que él tiene más riqueza que yo, no admite duda. Y tampoco admite duda que él se ha hecho más rico que yo, dando, repartiendo, distribuyendo, los productos entre los que los producen, yo me he conservado pobre, y he conservado a mi isla en estado de salvajismo, precisamente porque no he distribuído los productos entre los que los producen, porque yo lo he acumulado todo, porque a mis esclavos les he dado sólo el salario mínimo para su existencia fisiológica, salario representado por la alimentación y el albergue necesarios para conservar su vida y su capacidad física, tal como se hace con las vacas y los caballos.

Este ejemplo de las dos islas, algo elemental, más propio para un kindergarten que para una conferencia a personas adultas, lo he ideado para poner de relieve, con toda claridad, el hecho de que sólo se puede crear riqueza —y sobre ella, civilización—, si se crea no sólo la capacidad de producir, sino también la capacidad de consumir.

De la anterior fantasía, pasemos a un caso verdadero, a una realidad histórica, al hecho de que en los Estados del Sur, de nuestra civilización vecina, hubo esclavitud, y a la verdad innegable de que dentro de ese régimen de esclavitud se creó riqueza.

Los esclavos del África principiaron a llegar a Virginia en 1619. Fueron dedicados estos esclavos a

las faenas más rudas, principalmente al cultivo del tabaco, primero, del algodón, después. No podemos sino aceptar que hubo cierta prosperidad económica en esos Estados del Sur, que fué donde más se desarrolló la esclavitud. ¿Por qué hubo esa prosperidad? Porque el producto del trabajo de los esclavos se vendía en Inglaterra. Después de la independencia, el producto de su trabajo se vendía tanto en Inglaterra, como en los Estados del Norte, donde no había casi esclavitud. Si los Estados del Sur no hubieran tenido otro mercado que el de su propia organización esclavista, no habría habido prosperidad económica allí, como no la podía haber en mi isla con mis mil esclavos.

Así y todo, con mercado exterior —es decir, con consumidores creados por una civilización extraña—, los Estados del Sur no progresaron sino muy a la retaguardia de los Estados del Norte, donde no había esclavitud. Aún hoy día, a pesar de no haber esclavitud en el Sur, a causa de la condición de inferioridad económica de los negros de esa región, a causa de que son muy limitados los consumidores, no se ha desarrollado allí una riqueza tan amplia, ni una civilización tan adelantada como en otras regiones del país, hasta ayer vírgenes, como Illinois o California.

¿Y por qué fracasaron los Estados del Sur en la guerra que libraron para independizarse? No fué por

¡incompetencia de los generales o la tropa del Sur; no fué por competencia de los generales o la tropa del Norte. Fué porque toda la costa comprendida entre Texas y Virginia fué bloqueada, y, en consecuencia, los Estados esclavistas no podían vender sus productos, ni en el Norte ni en Europa. Se acabaron sus compradores, sus consumidores, se acabó su riqueza, y su vida misma.

Pero dejemos de lado la organización esclavista, pues los negros africanos no eran considerados en los Estados Unidos, ni en Inglaterra —tampoco en nuestra América, por otra parte— como hombres, sino como una especie nueva, intermedia entre la bestia y el hombre. Consideremos tan sólo al hombre blanco, el cual gozaba de libertad económica, y disponía de la facilidad de extenderse, conquistando nuevas tierras.

El hombre blanco en Estados Unidos

A este hombre blanco de los Estados Unidos, que era escaso al principio, había que pagarle un salario que le permitiera vivir una vida de tipo superior, el tipo de vida a que estaba acostumbrado en los países de donde venía. Estos salarios humanos principiaron a formar un mercado propio, a la vez que se aprovechaba el mercado exterior. Sabemos que esto no ocurrió en nuestros países, donde trabajaban el indio y el

negro, sin salarios, considerados como bestias de carga.

Tenemos aquí, pues, la segunda diferencia substancial entre la civilización del Norte y la del Sur. Y, como se ve, esta nueva diferencia no es sino una nueva condición que formaba mercado propio, capacidad adquisitiva nacional, base de la independencia económica. Se creó la producción en masa, y, paralelamente, el consumo en masa. Hubo mercado extensivo, sin barreras aduaneras, y mercado intensivo, con salarios humanos.

Otros factores que han creado el mercado interno en los Estados Unidos

Hay varios otros factores que han hecho posible en los Estados Unidos la creación de un gran mercado interno: las sociedades anónimas, las cooperativas, los impuestos directos al capital para servicios sociales, la filantropía de los millonarios. No tengo tiempo para analizar todo esto en detalle; pero debe observarse que son todos factores que aumentan el mercado interno.

Hay, sin embargo, un detalle importante en que es necesario insistir. Para que haya gran producción y gran consumo, se necesita que la másа de la población sea no sólo capaz de producir los productos de una civilización superior, sino también de consumir

los productos de una civilización superior. Es decir, hay que educar a la masa de la población. Y educar es, aunque parezca grosera esta definición, enseñar a consumir. Sobre esto tendré que insistir más adelante.

Evidentemente, las masas de la población, para contribuir poderosamente a crear riqueza, tienen que hacerse no sólo productoras de una industria de tipo superior, sino a la vez consumidoras de esos mismos productos de la industria.

En la civilización del Norte, se principió desde la creación misma de las colonias, a dar educación a toda la masa de la población. En nuestra civilización, la educación de las masas, fué, prácticamente, nula. Y durante todo el desarrollo de estas dos civilizaciones, ha ocurrido, como hemos visto, que en el Norte se ha educado a la población, y en el Sur no se ha hecho esto sino en escala muy limitada. El analfabetismo en los EE. UU., es el 4%; en nuestra América, el 50%.

Lo que significa la abolición de la ignorancia sin la abolición de la pobreza

Pero entendamos bien esto: la abolición de la ignorancia, sin la abolición de la pobreza, es más bien una tragedia. Quedé maravillado al recorrer los establecimientos de educación de Panamá, el Instituto, la Escuela Normal, la Escuela Profesional, las escue-

las públicas elementales. No sólo recorrí esos planteles oficialmente, galantemente acompañado por las autoridades respectivas, sino que asistía también anónimamente a clases en las más modestas escuelas públicas. Debo confesar que no he visto en otras partes profesores más eficientes. Pero, me preguntaba yo allá: ¿qué va a ser de esos miles de alumnos que se están educando, si, al enfrentarse con la vida, no van a encontrar trabajo remunerado?

En la Escuela de Artes y Oficios de Panamá pregunté: "¿Y tienen dónde ocuparse los técnicos que Uds. preparan?" "Esa es la tragedia —me dijo el Director—. Panamá está saturada de mecánicos; los que concluyen sus estudios aquí van a buscar trabajo en otros países de Centro América".

Todo esto, ¿por qué? Porque la educación, sin las oportunidades para trabajar con un salario humano, no conduce sino a un proletariado intelectual, que es el más cruel de todos los proletariados, porque su deseo, su ambición disciplinada, su canalizada ansiedad de surgir, se estrellan contra el frío, espeso, muro de la impotencia, no de su voluntad, no de su talento, no de su preparación, sino de un sistema social que hace de él un Tántalo, que no puede siquiera resignarse, porque la ciencia que le han dado le ha hecho perder la fe en sus dioses.

De lo anterior, podemos deducir las diferentes

causas que han creado la riqueza en los Estados Unidos, o sea la plataforma de su civilización; la falta de barreras económicas entre sus diversos Estados; los salarios humanos; el sistema tributario; el desarrollo de las sociedades anónimas y cooperativas; la generosidad de los millonarios; el plan gigantesco de educación pública; todas estas causas no son sino los diferentes medios de crear consumidores dentro del país, completando, así, lo que, en realidad, es riqueza: producción más consumo.

El secreto de la superioridad de la civilización del Norte

De manera, pues, que el secreto de la superioridad de la civilización del Norte no es una raza superior a la nuestra, ni en carácter ni en inteligencia; no es un suelo más vasto o más rico; no se debe al clima; no se debe a razones psicológicas, ni religiosas, ni filosóficas, ni misteriosas. Se debe a que allá se ha creado la riqueza, y a que se ha comprendido, consciente o inconscientemente, que riqueza es producción más consumo.

Recordemos el ejemplo de las dos islas: la mía, donde yo quería hacer mi fortuna, sin que la hicieran mis esclavos, ésa es la América española; y la otra isla, del hombre más inteligente, que construía su riqueza sobre el pedestal de la riqueza de los otros: ésa es la América anglosajona.

Si se conoce la técnica para hacer un rascacielos, se puede hacer un rascacielos. Si se conoce la técnica para hacer un transatlántico o un zeppelin, se pueden hacer un transatlántico o un zeppelin. Si se conoce la técnica para hacer civilización, se puede hacer civilización.

Cuánto tardaron en desarrollarse las civilizaciones del pasado

Es cierto que las grandes civilizaciones del pasado han tenido un periodo largo de gestación, de 500 a 800 años. Es cierto también que tanto demoran hoy como hace mil años una higuera o un olivo en germinar, crecer y dar sus flores y frutos. Pero ni la higuera ni el olivo acumulan la ciencia y la sabiduría de sus predecesores, como lo hacemos nosotros. No capitalizan su progreso a través de las generaciones, como el hombre, que puede ir ahora de uno a otro Polo en menos tiempos del que necesitaba antes para ir de Roma a Cartago.

Hay una gran diferencia entre el trabajo de la naturaleza y el trabajo del hombre. Santa Teresa de Jesús tuvo que vivir muchos años antes de llegar a ser lo que fué. Las madonas de Murillo nacían adultas en muy pocos días. La civilización es producto artificial del hombre. Se puede hacer con lentitud, como las Pirámides de Egipto, o con rapidez, como la

construcción de un rascacielos de cien pisos, según el empeño que en ello se invierta, y los materiales y el talento de que se disponga.

Ninguna de las grandes civilizaciones del pasado tuvo los recursos actuales para su desarrollo. Construir el Partenón, demoró casi toda la vida de Pericles. Construir el Empire State Building, Partenón del siglo XX, demoró cinco años. En el tiempo que necesitaba un hombre para hacer una copia de la Odisea, en la Grecia o la Roma antiguas, hace el hombre moderno un millón de copias. Construir el Canal de Suez demoró 30 años. Y el Canal que liga al Báltico con el Blanco, más largo que el Canal de Suez y el de Panamá juntos, y de más difícil ejecución, lo ha construído en 19 meses una civilización nueva, que ha surgido casi de repente.

En mi próxima conferencia de esta serie, al ocuparme del comunismo, del fascismo y de la democracia, daré las razones que tengo para creer que no nos conviene una revolución comunita aquí, porque sería un fracaso lamentable; pero esto no quita que observemos lo que ha ocurrido en Rusia con el plan de crear la producción y el consumo dentro del mismo país.

El caso de Rusia

Yo cito el caso de Rusia para comprobar mi tesis de que una civilización moderna se construye

bre los cimientos de una poderosa riqueza nacional, y que la riqueza se crea creando la producción y el consumo simultáneamente.

En Rusia observamos mejor que en otro país alguno el fenómeno de que se ha organizado la producción y el consumo dentro del propio territorio. El total de la exportación de la Rusia soviética en los últimos años ha sido de unos quinientos millones de rublos oro anuales, lo que equivale a unos 250 millones de dólares. Y la exportación de los Estados Unidos ha sido de unos dos mil millones de dólares anuales, de manera que se ve que la Rusia soviética es, mucho más que los Estados Unidos, un país de producción y consumo internos, lo que ha creado su inmensa riqueza reciente.

Podremos observar cómo se ha desarrollado esta riqueza con los siguientes datos, que son de una elocuencia desconcertante:

El presupuesto de la Unión Soviética, que era de 1,400 millones de rublos el año 1924, había subido para el año pasado a 133 mil millones de rublos. Fijarse: de menos de mil millones y medio a 133 mil millones de rublos.

Tomemos ahora algunas cifras aisladas de producción. Carbón: el año 1928 la producción fué de 35 millones y medio de toneladas métricas; el año pasado fué de 122 millones. Hierro: pasó de tres millones de toneladas a 14 millones y medio. Acero:

pasó de tres millones a 18 millones y medio. Petróleo: pasó de once millones a 29 millones. Cemento: paso de once millones de barriles a más de 50 millones.

En agricultura observemos este dato: en 1913 había en la Rusia soviética sólo 128 tractores. En 1935 había 379,000. En 1928 se producían 1,500 tractores y en 1938 se produjeron 136,000.

En transportes ferroviarios: en 1935 había 83,800 kilómetros de vías férreas, más del doble de lo que había en tiempo de los zares.

Carreteras, buenos caminos: la Rusia de los zares tenía 24,300 kilómetros. Al principiar 1936, la Rusia de los Soviets tenía más de dos millones de kilómetros.

Líneas aéreas en operación: en 1928, había 7,100 millas. En 1936, sin incluir líneas locales, había 31,700 millas. En 1928 se transportaron 8,900 pasajeros por las líneas aéreas. En 1935 se transportaron cien mil, y en 1936 se transportaron 159,000.

Marina mercante: en 1928, el tonelaje era de 327,000; en 1935 era de 1.350,000.

No puedo seguir cansándolos con estadísticas; pero hay que ver lo que se ha progresado en educación pública. En 1930, se hizo obligatoria la enseñanza por un período de cuatro años. En 1933, se extendió este período a siete años.

Veamos la linea en gastos para educación pública: En 1931: más de 4 mil millones de rublos; 1932: 6 mil millones y medio de rublos; 1933: más de siete mil millones; 1934: 8,900 millones; 1935: más de 11 mil millones; 1936: 14 mil millones. El año pasado: 26 mil millones. En 1936 habia en la Rusia soviética 600 universidades.

El año 1913 habia siete millones de alumnos en las escuelas primarias; el año 1937 habia más de 19 millones. En la enseñanza secundaria habia el año 1913 poco más de medio millón de alumnos, y el año 36 habia seis millones y medio. Los cines de carácter educativo pasan de 6,800 el año 29, a 30,000 sólo en cuatro años. Durante los últimos treinta años de la Rusia zarista, con más territorio y más población que ahora, se publicaron en el país dos mil millones de ejemplares de libros. Y en la mitad de ese tiempo, durante los quince años que precedieron a 1934, se publicaron cinco mil millones de ejemplares de libros. En 1913 habia en Rusia 860 periódicos, con una circulación total de dos millones y medio. En 1937 habia diez mil periódicos, con una circulación de 39 millones de ejemplares.

Y basta de datos estadísticos. Lo importante es observar que esta situación se ha creado con el procedimiento de crear riqueza primero, y que la rique-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ARCHIVO

za se ha creado creando capacidad de producir y de consumir en el mismo país. En la América española podríamos hacer otro tanto, creando la producción y el consumo dentro de nuestro territorio.

Ya vemos el panorama con claridad. Ya vemos qué es riqueza, y cómo se forma, y cómo sobre esa plataforma económica se construye la civilización.

Toda evolución se opera en ciclos

Es ley de la naturaleza que toda evolución se opere en ciclos completos. La luna gira, en ciclo, alrededor de la Tierra, y la Tierra alrededor del sol, y éste alrededor de otro centro. La Tierra misma da eternas vueltas completas alrededor de su eje. Y dentro de las moléculas ocurre también un eterno girar. Si se detienen esos movimientos se produce una hecatombe.

En nuestro planeta, el agua que se evapora de los mares, va como nube a los continentes, y cae en ellos como nieve, o como agua, para rodar de nuevo al océano. Un ciclo constante. Las plantas crecen en la tierra, sacando de ella su nutrición; pero todas ellas, musgo, violeta, ceiba, en plazo más o menos largo, devuelven a la tierra todo lo que de ella tomaron. Si, como ocurre en nuestro mundo artificial,

no se le devuelve al campo la alfalfa, el trigo, o lo que sea, que en él plantamos, hay que devolverle en forma de abonos los elementos que se le quitaron.

Un ciclo completo de desintegración e integración, de dar y recibir, de pedir y devolver, de tomar y repartir. La vida sigue así su marcha. La evolución sigue así su marcha. Así la ha seguido desde que el mundo es mundo: una nueva especie, una nueva familia, un nuevo orden. El pez de ayer, anfibio más tarde; reptil después; bifurcado en aves y mamíferos a continuación. Esta es la marcha de la vida, de la evolución, del progreso; pero todo dentro de ciclos completos.

El desarrollo de la riqueza humana debe seguir igual proceso. Su crecimiento y evolución serían normales e incesantes, sin crisis, como las cosechas de un campo sistemáticamente abonado, fecundado, si no ocurriera que detenemos en forma artificial el ciclo de la redistribución.

Ya vimos en mi disertación anterior el atraso de nuestro continente hispanoamericano. Es necesario que no nos engañemos, que no nos pongamos vendas en los ojos, que veamos la realidad, como hombres no cohibidos por el miedo, para corregir nuestra ruta equivocada, que nos desvía del destino que nos ha fijado la historia.

John Hoeppel, representante en la Cámara de

Washington, refiriéndose a Panamá, llamó a ese Istmo, "God forsaken country", país abandonado de Dios. Los soldados alertas del Club Rotario de Cristóbal y Colón, le enviaron un cablegrama de protesta, diciéndole que Panamá no está abandonado de Dios, que es, por el contrario, el Paraíso Tropical. Otro tanto dirían los Rotarios de Cuba acerca de Cuba; los de Costa Rica acerca de Costa Rica; los de Colombia acerca de Colombia y de los de Chile acerca de Chile.

Es cierto, Panamá resultaba un Paraíso para mí, como lo es para unos pocos panameños. Y Costa Rica y Cuba y Colombia son paraíso tropicales para algunos de sus habitantes. Pero para el 80% de la población panameña, Panamá no es un Paraíso. Y para el 80% de la población de Cuba y de Costa Rica y de Colombia, estos países no son Paraíso. Para ese 80% todos esos países están abandonados de Dios. Y Argentina y Chile, nuestra patria, están abandonados de Dios. Toda la América española está abandonada de Dios.

Digo esto, y tengo que decirlo, porque no ha sido de mi misión derramar flores artificiales de retórica en estos pedazos de nuestra América, cuajados de bellas flores de verdad, que brotan espontáneas en su naturaleza exuberante. He ido a todas partes, y he venido aquí a ponerme frente a frente del alma

nacional, para hablar con toda la potencia de mi voz, y con todo el ardor de mi convencimiento, de la manera cómo debemos hacer nuestra civilización.

Nuestra América hispana es el único bloque geográfico del mundo que puede bastarse a sí mismo. No lo pueden hacer los Estados Unidos, ni Rusia, países cuyo progreso económico hemos considerado. Nuestra América tiene los más amplios, los más ricos, los más estupendos recursos naturales. Tiene más de cien millones de hombres capaces, inteligentes, de espíritu generoso, sedientos de paz, de armonía, de cooperación, de trabajo, hambrientos de grandes realizaciones, hombres a los cuales la historia reserva la tarea titánica de formar una grandiosa civilización, que sea el asombro del mundo.

Ya conocemos la técnica para hacer esta civilización; ya conocemos los principios básicos, y sabemos que están a nuestro alcance todos los elementos necesarios para realizarla.

III

Propósito y voluntad de hacer civilización propia

Vimos en conferencia anterior que no se puede hacer una gran civilización si no se tienen sólidos cimientos de prosperidad económica; vimos que un país pobre, como lo es Chile, no puede hacer gran civilización. Vimos que la América española, con un territorio más extenso y más rico en potencialidad que los Estados Unidos, y con una población casi igual, ha quedado muy a la retaguardia de la civilización anglosajona de la América, en su desarrollo económico y, en consecuencia, en su desarrollo cultural. Vimos en otra conferencia cómo se hacen las civilizaciones modernas, y cómo pueden hacerse a plazo corto. Estamos preparados para ver cómo podemos formar nosotros nuestra propia civilización.

Ante todo, antes de formular planes de naturaleza alguna, lo que necesitamos es el propósito y la voluntad firmes de hacer una civilización propia, independiente, con fe en sus destinos.

Parece absurdo que principie yo por hacer esta aseveración. ¿No es evidente que todos queremos una civilización propia, independiente? ¿No es éste el espíritu que guía los destinos de Chile y de nuestra Amé-

rica? ¿No es éste nuestro sueño secular? ¿No palpita en el corazón de cada uno de nosotros este anhelo de grandeza colectiva? ¿No estamos todos esperando ansiosos la hora en que la pujanza de nuestro espíritu realice el milagro anunciado de nuestra independencia y prosperidad económicas, del despertar de nuestro genio colectivo, que ha estado evolucionando lentamente, como crisálida dormida en nuestras selvas vírgenes?

Pero... ¿es esto realmente así? ¿Hay una conciencia colectiva en nuestra América que desee vehementemente nuestra independencia económica, como base de nuestra propia civilización? ¿No nos domina un complejo de inferioridad que nos hace resignarnos fatalísticamente a nuestro atraso?

Cómo principiamos nuestra vida

Principiamos nuestra vida, en el majestuoso, virgen, escenario hispanoamericano con conquistadores españoles que soñaban con riquezas individuales, y con riqueza y gloria para el soberano a quien servían. Este era un grupo de hombres de la nueva civilización que se iniciaba en nuestra América. El otro grupo lo formaban los indígenas americanos, desconectados, desunidos, que, de buena gana unos y muy a su pesar otros, tuvieron que irse sometiendo a los atrevidos conquistadores.

Después de cierto tiempo, concluído el saqueo, se consumó la conquista, y principió la colonización. En ciertas partes, muy especialmente en Chile, hubo mezcla de los varones españoles con las hembras americanas, y principió a nacer una raza mestiza. Los españoles que nacían aquí pasarop, en su condición especial de criollos, a formar, en cierta manera, la aristocracia americana, en oposición a los explotadores peninsulares. Se complicó nuestro problema racial con la introducción de un gran número de africanos, no en Chile, pero sí en otros de nuestros países, que fueron traídos para trabajar como bestias de carga.

Nuestra América estaba dividida en virreinatos y capitanías. No se permitía el comercio entre estas divisiones políticas. No se cimentaron intereses comunes en nuestra América. El indio, azteca, inca, araucano, guaraní, no tenía intereses comunes con los criollos, ni con el negro; ni el negro con los indios. No sólo no hubo conciencia continental. No hubo siquiera conciencia nacional.

Nuestra guerra de la independencia principió como un acto de adhesión, de sumisión, a España y Fernando VII, cuando éste fué destronado por la invasión francesa.

Nos creían incapaces de dirigir nuestros destinos

Hubo algunos espíritus superiores, como Bolívar, superior a todos los grandes espíritus que ha tenido después nuestra América, que pensaban y actuaban con alma continental, y que tenían fe en los destinos independientes de nuestra América. Pero muchos de nuestros grandes libertadores nos creían decididamente incapaces de dirigir nuestros propios destinos.

Las provincias unidas del Plata, en plena revolución libertadora, ya casi triunfante, al pedir la ayuda de Inglaterra, le ofrecieron condiciones que equivalían a un nuevo vasallaje. Algunos de nuestros libertadores trataron de establecer en nuestro suelo repúblicas o monarquías, bajo la protección de Inglaterra o de Francia. En 1819, ya casi al terminar nuestra guerra triunfante, las Provincias Unidas del Río de la Plata enviaron al eclesiástico José V. Gómez en misión a Europa, con instrucciones para negociar con el gobierno de Francia con referencia a la creación de un reino independiente de las provincias unidas de América, con un príncipe europeo como soberano. Esta misma oferta la hizo San Martín a los españoles en Lima, en 1820, cuando ya Chile estaba definitivamente libre. Y en 1821 envió representantes a Ingla-

terra, a pedir un principe de la familia de Brunswick, para que fuera emperador constitucional del Perú. Llevaban instrucciones estos representantes, si fracasaban en su empeño en Inglaterra, de buscar un principe en Austria, Francia, Portugal o Rusia. El propio Bolívar, el visionario de la unión hispanoamericana, pensó en principes extranjeros para que nos gobernaran. Nos fallaba confianza en nosotros mismos. Teníamos un invencible complejo de inferioridad, que yo estudio detalladamente en otra conferencia.

Nuestro complejo de inferioridad

Pero, ¿no tenemos también ahora este complejo de inferioridad? Es cierto que no pretendemos traer principes extranjeros para que dirijan nuestros destinos. Pero, ¿no ocurre que a instancias nuestras, como la, de San Martin, se dirige con frecuencia desde el extranjero nuestra política? Un solo ejemplo servirá de ilustración. Adolfo Diaz era Presidente de Nicaragua cuando se iba a celebrar la Sexta Conferencia Panamericana en La Habana, cuando su pais estaba intervenido por los Estados Unidos. Ante el temor de que en esa Conferencia hubiera protestas de algunos delegados contra la intervención en su país, hizo saber a todos los demás paises de nuestra América que Nicaragua no aceptaba que se protestara sobre la intervención.

Aquí, a Chile, vino un delegado de Nicaragua, con quien yo conversé en Costa Rica. Venía a pedir al Gobierno de Chile, que sus delegados no protestaran en la Conferencia Panamericana de La Habana, por la intervención del Gobierno de los Estados Unidos en su país. Esto lo venía a pedir, como se pidió a las demás repúblicas hispanoamericanas, en nombre del propio Gobierno del país intervenido.

Puede decirse, con propiedad, que el que ahora os habla fué el primero que tocó en Chile la campana de alarma contra el peligro imperialista extranjero. Publiqué hace más de un cuarto de siglo mi libro "La Conquista de Chile en el Siglo XX", en el que mostré que así como los españoles nos conquistaron en el siglo XVI, los europeos y los norteamericanos nos estaban conquistando al principiar el siglo XX.

Nuestra economía es parasitaria de los grandes imperialismos

Nuestra economía es parasitaria de la economía de los grandes imperialismos, tal como lo es la de las colonias africanas. Nuestros productos deben recibirlos, como materia prima o alimentos, baratos, elaborados con jornales de hambre, los imperios extranjeros, ya sea de las colonias africanas, dominadas políticamente, o de las colonias hispanoamericanas, do-

minadas económicamente en forma abierta, y políticamente en forma solapada. Nuestros gobernantes son los capataces que ocupa en nuestros países el capitalismo extranjero, para que administren sus intereses.

Esta situación perdura porque resulta en beneficio determinado para unos pocos de nuestros ciudadanos, para los capataces, que siempre han sido mejor pagados que los esclavos, para someter a éstos con el látigo que obliga a soportar el hambre, y a trabajar con la barriga vacía. Pero es, naturalmente, dañina para el país en su conjunto, y lo es también para el país donde están los amos que pagan a los capataces, pues si los obreros chilenos, e hispanoamericanos en general, recibieran salarios humanos por su trabajo, habría en nuestra América mayor prosperidad, y mayor capacidad de consumo para los propios productos de los países donde mandan los amos de las colonias hispanoamericanas. Chile, Perú, Bolivia y Ecuador tienen una población, sumada, de diez y nueve millones de habitantes. Los Estados Unidos exportaron a estos países, que dominan económicamente, sólo 54 millones de dólares el año antepasado. Suecia, país más avanzado que todos estos países juntos, tiene apenas una población de seis millones. Sin embargo, los Estados Unidos exportaron ese mismo año, a ese pequeño país, 65 millones de dólares. Si nuestros pa-

ses estuvieran más avanzados, lo que se logra con más altos salarios, que permiten más alto nivel de vida, los Estados Unidos en su conjunto, no sus magnates del imperialismo, resultarían más beneficiados.

Esta realidad económica no la ven con claridad ni el pueblo norteamericano, ni los pueblos hispanoamericanos a los cuales los Estados Unidos tienen sometidos como colonias, porque los que se benefician con esta situación son los que manejan los destinos de estos pueblos y controlan su banca y su prensa, tanto allá, en el norte del Nuevo Mundo, como aquí, en el sur. Ellos están encargados de seguir manteniendo el mito de nuestra inferioridad.

Tenemos que sentir la vida con palpitaciones épicas

Tenemos, pues, que darle primero forma y vigor a nuestro restringido anhelo de independencia y prosperidad económicas. Tenemos que sentir la vida con palpitaciones épicas, como la sintieron los hombres que lucharon en la aurora del siglo de nuestros abuelos, cuando rompieron nuestras cadenas de pueblos coloniales. Tenemos que comprender que somos capaces de luchar sin tutela deprimente; tenemos que comprender que para vivir no necesitamos ser provincias de ningún imperio extraño; que tenemos todo lo que

se necesita para hacer una civilización propia, que, recogiendo la herencia de las civilizaciones que nos han precedido, las supere a todas.

Tenemos que tener la ambición de conquistar nuestra independencia; tenemos que adquirir confianza en nosotros mismos; tenemos que sentir la fe del católico en sus Lourdes. Si es necesario, debemos crear una nueva religión que nos exalte, que nos dé confianza, y fuerza, y éxtasis, para luchar por nuestro destino.

Debo insistir en esto como preámbulo, porque nada grande han hecho en el mundo, ni los individuos ni los pueblos, sin una recia ambición y una fe insondable. Necesitamos la ambición y la fe de Cristóbal, en sus frágiles barquichuelos, que eran mágicas canoas, en la inmensidad del Atlántico.

No puede haber gran civilización chilena, si no hay gran civilización hispanoamericana

Demostré ya, inapelablemente, que no podemos hacer gran civilización chilena, si no hacemos gran civilización hispanoamericana, así como no puede hacerse gran civilización californiana, si no se hace gran civilización en los Estados Unidos; ni se puede hacer gran civilización marsellesa si no se hace gran

civilización francesa. Hablar de civilización chilena aisladamente, resulta tan provincial y tan imposible como hablar de gran civilización coquimbana o colchagüina.

No necesito insistir en lo que ya he demostrado. Una gran civilización moderna se basa en una gran riqueza; una gran riqueza se basa en una gran producción y en un gran consumo. ¿Podría Chile producir, no digo transatlánticos o locomotoras, turbinas o linotipos, sino siquiera máquinas de escribir o de coser, si tiene como mercado sólo sus cinco millones de habitantes? ¿Podrá alguno de nuestros países hispanoamericanos desarrollar una gran industria pesada, cada uno con su restringido mercado propio? ¿No tendrá que permanecer para siempre como dependiente de la gran industria extranjera, si permanece dividido, con barreras aduaneras entre sí?

Debemos pensar y sentir continentalmente

El primer número de nuestro programa nos lleva, pues, a pensar y a sentir, no ya nacionalmente, sino continentalmente. Del orgullo de sentirnos chilenos, sin matar este orgullo, ni aminorarlo, debemos pasar al orgullo de sentirnos hispanoamericanos. Debe expandirse nuestra alma en la patria grande como

en nuestro propio solar. Debemos comprender que crecemos económica y espiritualmente al sentirnos ciudadanos de toda la América nuestra, desde las fronteras de los Estados Unidos, hasta las nieves de la Patagonia.

Algo nuevo tiene que ocurrir en cada uno de nosotros; nuestro espíritu tiene que pasar por un nuevo génesis, una transformación que parece como un nuevo nacimiento. Y no es difícil, sin embargo. Allí hay un cóndor. Parece estar libre; pero el cerco que lo rodea es tan estrecho, que no tiene espacio donde correr para emprender el vuelo, a lo largo de su cordillera, que es su dominio señorial. Quitad el cerco, y ese cóndor, de alas plegadas, que parece un monje atribulado, envuelto en su sotana, y sumido en sus plegarias, se transforma en una criatura nueva, con sus alas extendidas, que con curvas majestuosas escribe en el cielo el himno de su libertad. Sólo se ha necesitado derribar el cerco artificial para hacer el milagro del nuevo génesis.

Pero... un momento. No estamos recitando un poema lírico. No estamos cabalgando en carrozas de nubes en la comba azul de una fantasía ardiente. No podemos derribar de súbito nuestras fronteras, como se quita un cerco entre dos fincas colindantes. En la ciudad de Panamá se ha hecho, de esta unión hispanoamericana, un poema arquitectónico, más bello que

todas las catedrales del mundo. Además de tener allí cada escuela el nombre de un país de nuestra América, hay un Centro Escolar, que es un inmenso, bellísimo edificio, que mira al mar y al cielo. En él hay tres escuelas, tres repúblicas de nuestra América, Cuba, Perú y Argentina, unidas, sin cercos, con libre paso de una a otra, pudiéndose cruzar las fronteras —que no son en realidad fronteras— sin revisión de nuestro equipaje, sin petición de pasaportes, ni de visas consulares. Mi espíritu, como el de un poeta soñador, al visitar esa América unida, se sintió transportado al lejano futuro en que ese símbolo escolar panameño ha de ser una realidad histórica de nuestro continente.

Pero, cabe preguntar: ¿puede esto hacerse tan fácilmente en la práctica, en la realidad palpitante, como se hace con símbolos arquitectónicos y espirituales? ¿Es tan fácil hacer un cambio en la mentalidad humana como hacer un monumento? En la capital de Costa Rica hay una estatua de Bolívar; pero eso no quiere decir que haya allí el espíritu bolivariano. Se ha negado, desde luego, a unirse en una confederación centroamericana. San José es la única capital de país de nuestra América donde se le ha erigido una estatua a Pasteur en una plaza pública. Y San José es la única capital de nuestra América donde la leche no llega pasteurizada a los hogares cada mañana.

Más tendencia a la desintegración que a la integración

Desde que se independizó nuestra América, a diferencia de lo que ocurrió en la civilización del norte, ha habido más bien tendencia a la desunión que a la unión, a la desintegración, más que a la integración. Las repúblicas de Centro América, nacidas unidas, se separaron. Y su conato de nueva unión llevó a otra separación. El sur del Brasil ha querido separarse del norte. La gran Colombia se disgregó. Panamá se separó de Colombia. Y ha habido tendencias separatistas en otros de nuestros países. En países tan pequeños como Panamá y Costa Rica, ha habido provincias que han ventilado seriamente el problema de independizarse. (La República del Barú, en Panamá; la de Guanacaste en Costa Rica).

El espíritu de mantener nuestra desunión lo fomentan nuestros educadores, con su enseñanza oral, y con sus textos de lectura y de historia, que son de tendencias chovinistas. Fué a Costa Rica una delegación de profesores chilenos, para reorganizar la educación pública. Esta comisión no podía pensar sino nacionalmente, y propuso la creación de una Universidad costarricense, cuando, si se hubiera pensado con

espíritu más amplio, se habría propuesto la creación de una Universidad Centroamericana.

A los que predicamos una unión hispanoamericana se nos considera con frecuencia como a meros visionarios. Hablando con el Presidente de Costa Rica (Ricardo Jiménez Oreamuno) me dijo que encontraba muy bello el ideal que yo predicaba; pero que no veía siquiera la conveniencia de una unión aduanera centroamericana, pues estos países producen poco más o menos lo mismo, y no tienen qué cambiarse entre sí. Veía él más ventajas, me dijo, en el intercambio comercial con Chile, que puede enviar a Costa Rica lo que allí no se produce, como harina y vinos, y comprar en Costa Rica lo que en Chile no se produce, como café.

Tengo mucho respeto por la personalidad y la inteligencia de ese Presidente. Pero le he hecho dos objeciones importantes a esta observación. Primero, una América central unida económicamente, sin barreras aduaneras, sería un país como Méjico, o como Chile, donde se desarrollaría toda clase de industrias para proveer a su amplio mercado, y desarrollar su riqueza, y su civilización. La otra objeción: todos estos países unidos, económicamente, ¿no podrían exigir y obtener un mejor trato para sus productos básicos en los mercados extranjeros?

La unidad espiritual de la América latina

Mi auditorio ya se ha dado cuenta de que yo no soy un poeta lírico. Soy un realista. A la unidad espiritual de la América latina le han cantado todos nuestros poetas. Una misma raza, una misma cuna, una misma lengua, una misma religión. Todo esto, sin embargo, no es sino una verdad relativa. Nuestra América no está poblada por una misma raza. Más del cincuenta por ciento de nuestra población es autóctona del Nuevo Mundo, con gran diversidad de razas, lenguas y religiones. Y, además, tenemos todas las razas del mundo en nuestro seno, incluso al Africa y al Asia. Lo que hay de cierto es que predomina el espíritu hispano, y que éste ha sido y es el dirigente de la civilización que queremos construir.

Pero debemos mirar cara a cara la realidad de este problema. Una misma raza y una misma lengua y una misma religión, no son, de por sí argamasa suficiente para unir a los pueblos. Los Estados Unidos son, en términos generales, de la misma raza que Inglaterra, y, a pesar de haber nacido unidos, se separaron. ¿Por qué? Porque sus intereses económicos no eran comunes.

¿Por qué la unión del norte, que era, en su esen-

cia, una unión aduanera, estuvo a punto de romperse? ¿Por qué se peleó la guerra de secesión, que casi destrozó la unidad de los Estados Unidos? Porque no había la misma organización económica en el norte y en el sur: porque en el sur había esclavitud y en el norte no la había.

Cuando hablo de la unión de la América latina no pretendo que se forme una sola gran nación de todos nuestros países. Pretendo que se forme una confederación económica de naciones, primordialmente una unión aduanera. Pero, precisamente, para formar una confederación económica, una unión aduanera, es necesario tener antes una plataforma social común, un ideal común, una base uniforme sobre la cual construir.

Necesidad de un aglutinante social

Esto es más importante que tener una misma raza. Necesitamos un aglutinante social, en toda nuestra América, para podernos unir económicamente. No podría unirse un país que explota al pueblo por medio de salarios de hambre, con otro que defiende un alto nivel de vida para toda la masa de la población, pues entonces, los magnates del país explotador invadirían con sus productos, artificialmente baratos, a los países de más alto standard de vida. No podría tam-

poco unirse un país fascista con un país democrático.

En nuestra América, hemos sido meros imitadores de Europa, en cuyos moldes hemos formado, mafiamente, nuestras ideas y nuestros programas colectivos. Europa es un kaleidoscopio social y político, y nuestros veinte países, como veinte niños candorosos, contemplan los diversos colores que se descomponen en sus prismas brillantes, y se entusiasman, sucesivamente, con el brillo de uno, y otro, y otro pedacito de cristal, como se entusiasmaban los candorosos indios de nuestra América virgen, con las cuentas de colores que los españoles les daban por su oro.

Veamos si Europa nos puede ofrecer la argamasa, el aglutinante, ideal común, que pueda unirnos en un solo bloque económico.

Chile para los chilenos; Argentina para los argentinos

Imitando a Europa, hemos creído que cerrando nuestros mercados a los productos extranjeros, defendemos, a lo menos, nuestro propio mercado. Y hemos levantado las banderas: "Chile para los chilenos", "Cuba para los cubanos", "Costa Rica para los costarricenses", "Colombia para los colombianos".

Dentro del egoismo nacional que últimamente gobierna al mundo, parecía que esa era la única solu-

ción posible. No nos dimos cuenta de que el nacionalismo de las grandes potencias tenia ya de por sí un gran mercado interior y colonial. A nosotros no se nos ocurrió decir: "Hispano América para los hispanoamericanos". Procedimos como si los Estados Unidos hubieran adoptado la fórmula: "New York para los newyorquinos, California para los californianos, Texas para los texanos". Si eso hubieran hecho los Estados Unidos se habrían suicidado económicamente. Eso hemos hecho nosotros, y nos estamos suicidando económicamente. El nacionalismo para nosotros es provincialismo, y en vez de hacernos avanzar nos hace retroceder.

Ya demostré que los Estados Unidos derrumbarían toda su civilización si procedieran como la América española, con barreras aduaneras entre sus estados, con monedas diferentes, con intereses económicos antagónicos.

Esta copia del nacionalismo que hemos hecho ha empeorado nuestra situación, y nos ha hecho más dependientes aún del imperialismo extraño.

Fascismo

Europa ha hecho otro ensayo político, cuyo aparatoso reflejo nos ha seducido. El fascismo en Italia y el nacismo en Alemania, que, en el fondo, aunque lo

nieguen sus directores, son la misma cosa. También hemos copiado o tratado de copiar esa ideología, con el respectivo fracaso. No vamos a estudiar por qué conducirán a un fracaso final en sus respectivos países; pero nos interesa ver por qué tienen que ser un fracaso entre nosotros.

Alemania e Italia son países de bajos salarios, pero de servicios sociales, que son un sueldo en masa a los asalariados. Esto ha mantenido en marcha su mecanismo económico. Sistemáticamente han ido rebajando los salarios de los obreros y empleados, con lo que han ido reduciendo su mercado interior. Esto los habría llevado rápidamente a la ruina.

Los que miran el problema superficialmente, podrían decir que con sus gastos militares han empeorado su situación. Pero la verdad es que, desde el punto de vista económico, la han mejorado, pues el mantenimiento de ejército y armada y aviación, y la manufactura de material guerrero, es un nuevo medio de distribución, de crear mercado interior, pues los soldados y los obreros de la industria bélica tienen que consumir.

Tratemos de comprender bien esto. Alemania eleva en varios miles de millones de marcos su presupuesto de guerra. Gastó cien mil millones de pesos chilenos en 1935, preparándose para la guerra. ¿De dónde saca el dinero para esto?

De contribuciones al capital, contribuciones que el capital no pagaría de buen grado para aumentar la capacidad adquisitiva de sus propios obreros, lo que sería salvador para su economía. Pero paga estos impuestos para armamento, para lo que cree es la defensa de sus propios intereses. ¿Y a dónde va este dinero que paga el capital? Va a los obreros, con salarios mínimos, es cierto, pero va a los obreros, y en consecuencia, hace que éstos tengan cierta capacidad adquisitiva, aún cuando su trabajo es destructor y no constructor de civilización. Entiéndase que todo esto que paga el capital en contribuciones va, en su casi totalidad, a la masa obrera, pues el armamento se hace con hierro y acero que trabajan los obreros.

Que hubo en Alemania hombres que comprendieron que ése era un suicidio, lo demuestra el hecho de que Schacht se oponía a esa política, y tuvo que abandonar su alto puesto.

Luego se ve, como lo vió Schacht, que ese política no puede asegurar el desenvolvimiento económico. Es necesario lanzarse a la conquista de colonias y de mercados extranjeros, pues no han creado mercado propio, sino en escala muy rudimentaria, muy por debajo del nivel a que da derecho el desarrollo industrial del país. A la conquista de estos colonias ya se han lanzado con éxito Italia y Japón. Alemania está ahora empeñada en retener los países que ha invadido, y está

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

De contribuciones al capital, contribuciones que el capital no pagaría de buen grado para aumentar la capacidad adquisitiva de sus propios obreros, lo que sería salvador para su economía. Pero paga estos impuestos para armamento, para lo que cree es la defensa de sus propios intereses. ¿Y a dónde va este dinero que paga el capital? Va a los obreros, con salarios mínimos, es cierto, pero va a los obreros, y en consecuencia, hace que éstos tengan cierta capacidad adquisitiva, aún cuando su trabajo es destructor y no constructor de civilización. Entiéndase que todo esto que paga el capital en contribuciones va, en su casi totalidad, a la masa obrera, pues el armamento se hace con hierro y acero que trabajan los obreros.

Que hubo en Alemania hombres que comprendieron que ése era un suicidio, lo demuestra el hecho de que Schacht se oponia a esa politica, y tuvo que abandonar su alto puesto.

Luego se ve, como lo vió Schacht, que ese política no puede asegurar el desenvolvimiento económico. Es necesario lanzarse a la conquista de colonias y de mercados extranjeros, pues no han creado mercado propio, sino en escala muy rudimentaria, muy por debajo del nivel a que da derecho el desarrollo industrial dei país. A la conquista de estos colonias ya se han lanzado con éxito Italia y Japón. Alemania está ahora empeñada en retener los países que ha invadido, y está

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

pagando caro en vidas y padecimientos su plan de conquistas.

Tomese nota de que ni Italia, ni Alemania, ni el Japón son paises de salarios altos. Son naciones que aspiran a vivir de colonias. Por eso Italia se lanzó como un tigre sobre Abisinia, y el Japón sobre la China. Las colonias no las necesitan ni Italia, ni Alemania, ni el Japón, porque su población no les quepa en sus países metropolitanos. La prueba de esto la vemos en que en esos países se estimula la natalidad en todas las formas posibles y se castiga la esterilidad. Italia tiene mucha población, y necesita más territorio, dice Mussolini, pero al mismo tiempo, trata de duplicar su población para poblar los territorios que conquista.

El fascismo y el nazismo los hemos ensayado, tal como hemos ensayado el nacionalismo estrecho de cada uno de nuestros países, con exclusión de los demás países de nuestra América, que son parte orgánica de nuestra supernacionalidad económica. Pero hemos fracasado lamentablemente, sin haber obtenido, ni poder tener en lo futuro los éxitos transitorios, más aparentes que reales, del fascismo europeo, por razones que son claras y precisas: porque el fascismo y el nazismo necesitan dar gran impulso al armamento nacional. Esto, que fomenta la riqueza, es decir, la produccion y el consumo, en un país que produce su propio armamento, no hace sino reducirla en países que tienen

que comprar su armamento a otros países. Además, nosotros sostenemos a nuestro ejército aún, en lo que consume de la producción nacional, con las entradas de los impuestos indirectos, que son una reducción del mísero salario de la gran masa de la población. Por otra parte, no vamos nosotros en nuestra América a crear una civilización que dependa de la conquista de colonias, y de guerras de rapiña. Vamos a exportar hierro y cobre de Chile; vamos a exportar estaño de Bolivia; trigo y ganado de Argentina; café, petróleo, azúcar, plátanos del Perú, Colombia y Venezuela. Pero no vamos a exportar reses humanas; no vamos a exportar a nuestros propios hermanos, a nuestros hijos, como reses vivas, tal como lo hace el fascismo, cuyas reses humanas fueron inmoladas en Teruel y Guadalajara.

Comunismo

Un tercer ensayo político se ha hecho en Europa, el que impropiamente se llama comunismo, el socialismo de Estado de la Rusia Soviética. Este régimen se basa en el principio de que se debe producir no con fines de utilidad individual, sino con fines de consumo, de uso colectivo. La tierra, y los instrumentos de trabajo pertenecen al Estado, y nadie puede a ocupar a otros hombres con fines de negocio, para ganar con

su trabajo. Un hombre puede tener allí, por ejemplo, un automóvil propio y prestar servicios pagados al público, pero si él maneja el automóvil, sin ocupar a un *chofer* asalariado.

Sin duda, una sociedad organizada para producir con fines de consumo y no de lucro personal, facilita la creación de la riqueza en una escala gigantesca, si nos atenemos a lo que ya quedó demostrado en mis conferencias anteriores: que la riqueza es producción más consumo. Esto le ha permitido a la Rusia Soviética hacer los más estupendos progresos económicos, sin paralelo en la historia de la humanidad. Esto ha permitido a *ese* país dar un impulso fantástico a la educación pública, convirtiendo a un pueblo analfabeto en el de más avanzada cultura, pasando de siete millones de alumnos que estudiaban en 1913 a cuarenta y siete millones y medio que había el año pasado, contando alumnos de todas las edades, pasando de un presupuesto de educación pública que era de cuatro mil millones de rublos en 1931, a 26 mil millones de rublos, el año pasado.

Pero, ¿podríamos nosotros establecer este régimen económico en Chile? No podríamos, aunque lo intentáramos. No podríamos, en primer lugar, porque siendo un país pequeño, sin mercado propio, no podríamos crear la gran industria y tendríamos que depender de naciones capitalistas para nuestra subsistencia, las que

sabotearían nuestro régimen, lo que, infructuosamente, trataron de hacer con la Rusia socialista. Ni toda la América española uñida podría hacerlo, por ahora.

Por otra parte, un régimen como el soviético sólo podría intentarse implantar por medio de una revolución que destruiría no sólo millones de vidas, sino a mucha de la poca capacidad técnica que tenemos, que es de estructura mental capitalista. No está preparado Chile; no está preparada la América española —colonia extranjera—, para pasar a una organización socialista como la de la Rusia Soviética, por mucho que algunos deseen hacer a corto plazo esta transformación radical.

Ni el nacionalismo estrecho predicado en cada uno de nuestros países; ni el fascismo, ni el sovietismo, nos convienen como cimientos de nuestra organización social para toda nuestra América.

Sin embargo, de cada una de estas ideologías podemos y debemos tomar algo. El nacionalismo, que es un egoísmo colectivo, que trata de que otras naciones no se aprovechen indebidamente de los esfuerzos de un país, de que no le inunden el mercado con mercancía más barata, producida con hombres mal pagados —con esclavos económicos— o producida más barata, debido a una técnica y recursos que todavía ese país no posee; ese nacionalismo, ese egoísmo colectivo, debemos adoptarlo, pero no para cada país de nuestra América, individualmente, sino para toda nuestra confederación

económica en su conjunto. Es decir, nuestro nacionalismo tendría que ser continental, como lo es el de los Estados Unidos.

Del fascismo y del nazismo, debemos tomar la exaltación del individuo como parte de un conjunto colectivo, el acometimiento para la acción redentora; debemos tomar la fe inquebrantable, casi mística, en sus grandes destinos. Lo que en Alemania es casi una religión germana, entre nosotros debiera ser casi una religión hispanoamericana. No que nos creamos superiores al resto del mundo; pero que se nos sacuda del alma este complejo de inferioridad que llevamos en nuestra alma, como una mortaja.

Y de la Rusia soviética debemos aprovechar su plan de distribución de las utilidades sociales, su creación simultánea de la producción y el consumo en masa, acompañado de un gigantesco plan de educación general.

Democracia

Además de las anteriores ideologías, nos va quedando como credo político, importado de Europa, el que tenemos incorporado en el marbete mismo de nuestros países, a los cuales llamamos ufanamente repúblicas democráticas. ¡Democracia! Esta doctrina política ha tenido en el mundo las fluctuaciones que ha tenido

el valor de la moneda. A veces hemos creído que es la panacea de la humanidad, y otras veces la creemos su ruina.

La democracia propiamente tal, no ha sido un triunfo definitivo en ningún país. La democracia, como una ciudad, hay que construirla, y nunca se concluye de construir. Se levantan siempre nuevas construcciones se echan abajo edificios viejos y se ponen nuevos en su lugar; se abren las calles para tuberías y para trenes subterráneos. Hay a veces obstrucciones que afean parques y avenidas, y paralizan parte del tránsito. Son pocas las democracias del mundo que han tenido fe en sus destinos finales. Inglaterra, en Europa, y los Estados Unidos en América, son los dos ejemplos más conspicuos. Una democracia, de tipo liberal manchesteriano, es sin duda algo mucho más avanzado, en materia de libertad política y económica, que el régimen feudal, al cual sucedió. Pero está muy lejos de ser una verdadera democracia. Se dice que la democracia política da igualdad de oportunidades, que el camino del triunfo social, cultural y económico está abierto por igual a todos. Pero esto es una mentira, pues, aún habiendo escuelas públicas gratuitas para todos, y liceos y universidades, sólo podrán asistir a ellos los que no se vean precisados, por su pobreza, a trabajar desde la más temprana edad. La cultura, especialmente la alta cultura, es privilegio de unos pocos.

Se dice que la democracia política da libertad para la expresión del pensamiento a todos. Y ésta es otra mentira, porque la prensa es de propiedad de las clases adineradas, y porque todo diario está controlado por los intereses capitalistas que lo sostienen con sus avisos. Tampoco puede cualquier individuo expresar su opinión libremente sin correr el peligro de morir de hambre, porque no encuentra dónde trabajar, si sus opiniones van abiertamente contra el régimen en el cual vive. La democracia simplemente política, con miseria para las clases proletarias, es sólo un romántico homenaje a la libertad. Es como querer halagar a un cóndor encerrándolo en una jaula de oro.

Pero ni esa democracia política hemos implantado nosotros en nuestra América, que se ha gobernado hasta ahora principalmente por el régimen de caciques y caudillos, con una que otra débil tentativa democrática. Y es un régimen de democracia político-económica la que nos debe servir de base unitaria para confederar a los países de nuestra América en un solo bloque económico.

No pido una democracia que iguale a todos los hombres, que los ponga en línea, y les dé la misma estatura. Los hombres no pueden ser igualados. Todos tienen derecho a la vida, y a la abundancia. Pero los más capaces, los más sobrios, los más esforzados, los más inteligentes, los que rinden mayores beneficios a

la sociedad, tienen derecho a las prerrogativas que se compran con sus valores esterlinos.

La argamasa que debe unirnos, la plataforma de nuestra unión económica debe ser, pues, una democracia política y económica en cada uno de nuestros paisse. Si no fué posible que se mantuvieran unidos en la civilización anglo-sajona de América del Norte y el Sur,. siendo los Estados del Norte democráticos y los Estados del Sur esclavistas, tampoco podremos mantener económicamente unidos a nuestros paises, si unos están dentro de un régimen de esclavitud económica y otros dentro de un régimen de igualdad económica.

Para alcanzar, a lo menos, la prosperidad e independencia económicas que tienen los Estados Unidos, debemos hacer de todos nuestros paises una unión aduanera, un mercado común. Esta ha sido la base primordial de la prosperidad de la civilización del Norte: un mercado propio, razón por la cual no han necesitado de colonias. Los paises que no tienen un gran mercado propio, y han querido hacer gran civilización, se han buscado mercados extraños, generalmente por medio de guerras que han costado mares de sangre. Todas las civilizaciones pasadas han florecido a expensas de colonias, de pueblos sometidos. Los Estados Unidos han hecho la primera excepción, pues sus mer-

cados extrabos sólo consumen el cinco por ciento de su producción. La actual Rusia socialista es la segunda excepción.

Para unirnos económicamente, y formar la base de nuestro gran mercado propio, no tropezamos con dificultades insalvables.

No lo hemos hecho porque no hemos comprendido que nuestra unión aduanera, nuestra confederación económica, significan la prosperidad casi inmediata de todos nuestros países. Tenemos que andar ahora mendigando mercados en Europa y los Estados Unidos. Vamos de país en país como los pordioseros de iglesia en iglesia, con nuestra mano extendida en los umbrales, implorando una limosna por el amor de Dios. Y se nos empuja con arrogancia de un umbral a otro umbral, y seguimos por el mundo nuestro peregrinaje de parias de la humanidad, vestidos con andrajos y con el rictus trágico del hambre en nuestros rostros demacrados.

De naciones en bancarrota, nos hemos convertido en delincuentes, en tramposos, forzados a no pagar el dinero que pedimos prestado. Y para poder vivir nos hemos hecho fuertes con el dinero ajeno, no permitiendo que salga de nuestros países, y nos hemos hecho falsificadores, alterando el valor de nuestra moneda, tal como si falsificáramos cheques, para engañar en el mercado del mundo.

Y todo esto teniendo las insospechadas riquezas de Aladino en el sótano de nuestra propia casa. Nuestra riqueza está en nuestra América, donde tenemos la capacidad de producir y de consumir, que son las dos caras de la medalla que se llama riqueza.

¿Y cómo vamos a hacer esta unión aduanera? ¿Vamos a dictar simultáneamente en todos nuestros países leyes que supriman los aranceles entre las naciones hispanoamericanas? Aparte de las complicaciones políticas con las grandes potencias, tendríamos en nuestros propios países una catástrofe económica si esto ocurriera, debido a los múltiples intereses que se han creado a la sombra de la situación actual.

Cómo vamos a hacer nuestra unión aduanera

Tenemos que hacer esta unión aduanera en forma gradual, principiando con ciertos productos, los que estén menos afectados por los intereses existentes. Debemos principiar con lás industrias que no han tenido gran desarrollo en nuestra América, o que no se han iniciado aún. La cinematografía, digamos. Es cierto que se hacen algunas películas en algunos de nuestros países; pero como no tienen mercado libre sino el de su reducido mercado interior, no pueden invertir en la preparación de sus películas lo que invierten los pro-

ductores norteamericanos, debido a su enorme mercado nacional, de cincuenta millones de asistentes semanales, lo que cubre todos sus gastos y rinde espléndidas utilidades, dejándoles el mercado exterior sólo como un gaje adicional. En la Rusia se está desarrollando estupendamente la industria cinematográfica, debido sólo al mercado interno que allí han creado, pues no se exportan casi películas soviéticas.

Si en nuestra América los productores cinematográficos de un país tuvieran el mercado libre de todos nuestros países, podríamos crear una industria cinematográfica tan poderosa cómo la de los Estados Unidos. Una compañía chilena tendría tantas facilidades y ventajas como una argentina o costarricense.

No puedo—se comprende—entrar en muchos detalles. Pero podría iniciarse el mercado libre en nuestra América, sin barreras aduaneras entre nuestros países, para toda nueva industria—máquinas de escribir, máquinas de coser, bicicletas, automóviles, linotipos, motores, etc.—que todavía no se haya creado en la América española.

Bastaría simplemente el anuncio de que no hay barreras aduaneras entre nuestros países, para que naciera espontáneamente la industria cuyos productos tuvieran todo nuestro mercado. Aún a los capitalistas extranjeros les convendría iniciar estas fábricas. ¿Puede Ford establecer en la América española una fábri-

ca de automóviles, como lo ha hecho en Inglaterra? No; porque los automóviles que fabricara en Chile no tendrían sino un muy reducido mercado. Si tuviera todo el mercado hispanoamericano, sin barreras aduaneras, le convendría instalar una gran fábrica hispanoamericana. No nos importaría a nosotros *dónde* se estableciera esta fábrica, si a la vez en otros países se establecen otras fábricas para el intercambio de productos. Supongamos que la primera fábrica de automóviles se establece en la Argentina, y que en Chile se establece una fábrica de máquinas de escribir. Los automóviles de Argentina entrarían libres de derecho en Chile, y las máquinas de escribir entrarían libres de derecho en la Argentina.

Esta supresión de tarifas aduaneras se iría extendiendo paulatinamente a nuevas y nuevas industrias y productos. En algunos casos tal vez sería necesario no suprimir de golpe las tarifas sobre un artículo o producto determinado, sino dar plazos prudenciales o hacer una reducción escalonada de las tarifas, hasta llegar a su supresión total.

Una misma moneda para toda nuestra América

Nuestra unión económica requiere que tengamos una misma moneda para toda nuestra América. ¿Qué

sería de la prosperidad económica de los Estados Unidos si en cada uno de sus Estados tuvieran una moneda diferente, con fluctuaciones diversas, de saltos acrobáticos, como las tienen las diversas divisas de nuestra América? La moneda no es sino el lenguaje de la vida económica, y tenemos en ese aspecto de la vida una Babel de lenguas en nuestra América.

Es sensible que tenga yo que cubrir en dos cortos minutos un tema que de por sí exigiría dos largas disertaciones. Pero la verdad sintética es ésta: nuestra América no necesita de oro, para respaldar su moneda, ni de capital extranjero para formar su riqueza, ni para tener sólido dinero en abundancia. Basta la emisión de papel moneda, controlada por una organización oficial de los diversos gobiernos de nuestra unión aduanera.

El oro, como representativo de la riqueza, va a pasar pronto a la historia. Está pasando a la historia. Los Estados Unidos tienen el mayor stock de oro del mundo. Pero el oro ha pasado a ser ahora una mercancía, cuyo costo de almacenaje es más alto que el de cualquiera otra mercancía.

Costa Rica tiene toda su emisión de billetes sin respaldo de oro, y su divisa monetaria se mantiene baja sólo artificialmente, para que su café pueda competir en precio con el de sus hermanas de América. Para todo el comercio interhispanoamericano no re-

cesitaríamos oro, sino que bastaría nuestro billete de papel, controlado por el super-estado económico de nuestros países, un banco oficial hispanoamericano. Y ni aún para nuestras compras en Europa y los Estados Unidos necesitaríamos de oro. Nuestra moneda papel valdría tanto como el dólar, si las compras globales de nuestra América equivalieran a nuestras compras globales en el extranjero.

De todos los países, el que más oro tiene acaparado, no son los Estados Unidos, y el país que produce más oro tampoco son los Estados Unidos. El que más oro tiene acaparado es la India, cuyos príncipes poseen cantidades fabulosas. ¿Es la India el país más rico? La Unión Sudafricana ocupa el primer lugar como productor de oro del mundo. ¿Es el país más rico? Colombia produce oro por valor de veinte millones de pesos colombianos, más que cualquier otro país de la América del Sur. ¿Es Colombia el país más rico de nuestra América? No lo es.

Nuestra América invertebrada

Y si necesitamos una misma moneda, de valor fijo, suficientemente abundante para todo nuestro comercio, necesitamos también rutas fáciles y apropiadas por las cuales se deslicen nuestra moneda, nuestra mercancía y nuestro pensamiento. Las escasas redes ferroviarias y líneas de vapores, casi siempre contro-

ladas por intereses extraños a nuestra civilización, nos unen más con la civilización del norte y con las civilizaciones europeas, que con los diversos países que debieran formar nuestra unión. Nuestras líneas aéreas, telefónicas y telegráficas, y de radio, son también, por lo general, ajenas a nuestra propia civilización. Viajamos dentro de nuestra propia América por caminos ajenos. Los escasos pasadizos de nuestra propio hogar no son nuestros.

Nuestra América ha crecido invertebrada, sin siquiera una carretera o un ferrocarril que la recorra de largo a largo, para formar su espina dorsal.

Las rutas de comunicación, ferrocarriles, líneas de vapores, carreteras, líneas aéreas, teléfonos, telégrafos, radio todo lo que lleva nuestro pensamiento y nuestros productos son lo que da continuidad física a la plataforma sobre la cual vamos a construir nuestra civilización. Acaso ninguno de nuestros países pueda actualmente tener líneas de navegación de la pujanza de las líneas norteamericanas o europeas. Pero todos unidos económicamente, con preferencias para la navegación entre nuestros puertos, todos los cuales debieran ser, en nuestro concepto, puertos de cabotaje, pueden formar una o varias empresas que sobrepasen en importancia a las más poderosas que hay actualmente en el mundo.

Olvidemos que estamos oyendo una conferencia.

Estamos en un taller, construyendo. Todos nosotros, juntos. Nunca, ningún escultor, ni Fidias, ni Miguel Angel, tallaron jamás en su mármol bruto una obra tan grande como la nuestra, una obra que tuviera la significación y la trascendencia de la que estamos haciendo ahora con el material de nuestra América, sus tierras, sus rocas, sus hombres.

Tenemos preparada la plataforma, de amplitud inmensa; la hemos desbastado, hemos echado abajo sus fronteras inútiles. Sus cordilleras, sus valles y sus pampas los hemos cruzado de una tupida red de comunicaciones que juntan nuestros codos, para podernos servir los unos a los otros sobre el mantel del festín hispanoamericano. Y la unidad de la lengua que aprendimos en la cuna será ampliada para unificar la lengua de nuestra Babel económica, dándonos la misma fácil moneda para toda nuestra América.

Necesitamos de compenetración social

Ya podemos principiar a entendernos, y a construir sobre esta plataforma que tenemos preparada. Necesitamos que esta unión económica de que hemos hablado tenga como levadura espiritual cierta compenetración social. Sin unir a todos nuestros países en una sola nación, como los Estados Unidos, lo que sería difícil ahora, y acaso innecesario, se podrían sentar

ciertos priucipios de compenetración política. Apunto algunos, de gran relieve.

Se podria hacer que cada ciudadano de un país de nuestra América, que residiera en otro, tuviera ciudadania doble: la de su país de origen y la del país donde reside. Esto ya se ha intentado, y legislado sobre ello, en algunos de nuestros países. Se podría hacer que en cada Congreso, de cada una de nuestras repúblicas, hubiera un representante en cada Congreso de las otras Repúblicas. Podría no tener voto este representante; pero debiera tener voz. De esta manera estaría palpitando el sentir de toda nuestra América en el Congreso Nacional de cada país. Podría haber intercambio de profesores, universitarios y primarios, entre nuestros países, lo que ya se ha intentado. Debiera haber intercambio de periodistas, para que estos directores del pensamiento pierdan su provincialismo, y aprendan, y enseñen a pensar con visión continental. Debiera establecerse una agencia hispanoamericana de noticias, para no depender, en lo que se refiere a las informaciones de nuestra propia casa, de agencias extranjeras. Las prerrogativas que tiene la prensa, con sus diarios y revistas, dentro de cada uno de nuestros países, debiera tenerlas en toda nuestra América, con sus privilegios de franquicia postal. Debieran establecerse Universidades interhispanoamericanas. En Centro América debiera haber una gran universidad para

todo Centro América, sostenida por sus diferentes países. Los países bolivarianos, la Gran Colombia, podría tener otra, sostenida en conjunto por ellos.

Estoy presentando un cuadro a brocha gorda, y no puedo entrar en una enumeración prolija de muchas otras medidas que debieran tomarse para lograr nuestra compenetración social – política, además de nuestra unión económica.

La unión aduanera no resuelve todos nuestros problemas económicos

Pero no bastaría con nuestra unión aduanera, ni con un alto grado de compenetración política y social, para lograr nuestra prosperidad económica, que tiene que ser la base de nuestra riqueza, de nuestra cultura y de nuestra civilización. Un gran país, extenso geográficamente, no tiene que crear forzosamente, por sí solo, la prosperidad económica. China tiene un vasto territorio. La Rusia de los Zares tenía un vasto territorio. La India tiene un vasto territorio.

Para que haya prosperidad económica en un país extenso y de gran población, o en una unión aduanera de muchos países que no tienen mercado exterior, se necesita de mercado propio, mercado interior, de capacidad adquisitiva, de compradores, pues ya hemos demostrado que riqueza es producción más consumo.

Sin producción no hay riqueza. Sin consumidores no hay riqueza.

Necesitamos crear, dentro de nuestra América, un gran mercado interior. No un mercado de pan y circo, para una plebe inculta, sino un mercado superior que esté al nivel de una gran civilización.

Necesitamos crear mercado interior

¿Cómo vamos a crear nosotros este mercado? En nuestros países no podemos esperar siquiera la parcial generosidad de los magnates de la industria norteamericana, para redistribuir parte de sus ganancias en servicios sociales. No podemos esperar tampoco el criterio de industriales como Ford para el aumento espontáneo de los salarios.

Siempre, en todas partes, en los Estados Unidos y en Inglaterra, inclusive, que son los países del mundo que han pagado salarios más altos, donde el obrero, organizado en gremios poderosos, o políticamente, ha logrado mucha legislación en su favor, ha habido resistencia de parte del capital para mejorar la condición del obrero y para aceptar de buen grado impuestos que graven las utilidades. ¿Por qué hemos de esperar que en nuestros países el capital haya de ser más generoso —más inteligente diría yo— que en los Estados Unidos y en Inglaterra? No podemos esperar-

lo. Y tendremos que legislar como allá, para lograr una mejor condición económica para el obrero.

El salario chileno

El salario de los obreros y empleados de Chile es tal que no permite crear un gran mercado interior. Es un salario de hambre. En Chile hay un déficit de mil millones de pesos anuales para pagarles a los obreros campesinos un salario que les permita consumir las tres mil calorías diarias que mantengan su simple vida normal biológica, como la mantienen los animales de las haciendas. Es decir, se les paga mil millones de pesos menos de los que necesitan para satisfacer sus necesidades meramente animales. Y el salario mínimo que tiene en carpeta el Gobierno, como proyecto de ley, reduce todavía este salario mínimo a cinco sextas partes del salario que ha estado recibiendo el obrero, lo que significa una rebaja en numerario además de la rebaja que se le está haciendo como consecuencia de valer menos el peso con que se le paga.

Es decir, en vez de estar laborando para hacer riqueza, estamos laborando para reducir la riqueza, que es, como lo he demostrado antes, producción más consumo. Se le está restringiendo la capacidad de consumo a la gran masa de la población chilena.

Nos ha dicho el Ministro del Trabajo que los

obreros, en su conjunto, han logrado, desde que existe el Gobierno de Frente Popular, un aumento en sus salarios que equivale como a ochenta o noventa millones de pesos al año. Este es un engaño a la buena fe del proletariado. El total de los salarios que se pagan a los obreros de Chile es de unos mil setecientos millones de pesos. El aumento representa un cinco por ciento; pero como el costo de la vida ha aumentado a lo menos en un veinte por ciento, en realidad se le ha reducido al proletariado manual la suma total de sus salarios en un quince por ciento. Es decir, se ha reducido en tres veces noventa millones —en 270 millones de pesos— la capacidad adquisitiva de los obreros chilenos, sólo en unos pocos meses.

El salario mínimo que debe ganar todo hombre que se ocupa en producir lo que necesita la sociedad, ya ha sido objeto de legislación en todos los países, capitalistas, fascistas, comunistas. En nuestra América española muchos de nuestros países han legislado al respecto. Cuba, país al cual me he referido con mayor frecuencia, en su legislación reciente ha establecido que el jornal mínimo en las ciudades debe ser de un dólar, y en el campo, de ochenta centavos.

A primera vista, este salario mínimo de Cuba parece relativamente alto. Tomando en cuenta el valor del dólar, es probablemente más alto que el jornal mínimo de cualquiera otro de nuestros países. Pero no

se puede determinar el valor de un salario consultando las tablas de equivalencia de las diversas monedas. Hay que comparar los salarios con el costo de la vida.

¿Cómo debemos determinar cuál ha de ser el salario mínimo en nuestra América, para que podamos, no sólo ser justos y humanos, sino también para formar mercado interno y crear riqueza, y por ende civilización? Me parece a mí que la siguiente es la mejor manera de estudiar este problema.

El salario de la máquina

Tres medios tiene la humanidad de producir artificialmente lo que necesita: la máquina, la bestia y el hombre. Puede Ud. imaginar una máquina que produzca artificialmente, casi sin vigilancia humana. ¿Qué salario gana la máquina? ¿Cuánto hay que pagarle para que trabaje? Simplemente hay que darle albergue, para protegerla de la intemperie, hay que aceitarla de cuando en cuando, y hay que darle corriente. Hay que atender además a sus desperfectos, para que trabaje bien. Ese es su salario. Ese es el salario mecánico, que cubre todo lo que necesita la máquina.

El salario del animal

Podemos imaginar a un caballo que está, con su andar incesante alrededor de una noria, sacando agua

que corre por una tubería. ¿Qué salario le damos al caballo? Albergue, como a la máquina, atención médica cuando la necesita, como a la máquina a la cual se le repara sus desperfectos. Hay que darle también alimento, que equivale a la corriente de energía que recibe la máquina. Algo nuevo hay que darle al animal, que no se le da a la máquina: hay que cuidar de la propagación de la especie, para que cuando un animal muera, haya otro que lo reemplace. Y también hay que enseñarle a trabajar; hay que enseñarle a hacer su trabajo muy rudimentario, que en el caso del caballo es andar alrededor de la noria cuando se le ordena y parar cuando así se desea. Este es el salario animal. Es todo lo que necesita el animal, además de su descanso, naturalmente, que, por lo general, necesita también la máquina.

El salario del hombre

El hombre ahora. Necesita albergue, como la máquina y el animal. Necesita también atención médica y alimentación, como el animal, y como él necesita que se atienda a la alimentación y cuidado de sus hijos, para que no falten obreros en lo futuro. Necesita además ropa, como el animal cuando está expuesto al frío que no puede soportar. Necesita asimismo el hombre, en su calidad de simple productor, cierta educación

elemental, por lo menos saber contar y leer, y algún oficio. A estas necesidades se tiene que atender, y se atiende, cuando se le da al hombre su salario fisiológico, animal, equivalente al que se le da a los animales domésticos que contribuyen a la producción. Lo anterior, este salario animal, es lo que damos en la América Latina como salario a más de ochenta millones de nuestra población.

Pero el hombre, por su prerrogativa de ser hombre, superior a la máquina y al animal, tiene muchas otras necesidades. Si no tiene otras necesidades no es hombre, sino animal, simple bestia, como lo son el caballo y la mula. El hombre necesita zapatos; necesita leer periódicos y libros, para conocer las noticias que no interesan a los animales. Necesita ir al circo, o al cine, o a la ópera. Sus necesidades son múltiples, y tanto mayores o más complejas, cuanto más avanzado está el medio en que ha crecido y vivido, cuanto más avanzada está la civilización de que forma o debiera formar parte.

El salario mínimo en nuestra América

Al frente de estas necesidades, analicemos el salario mínimo de un dólar para el obrero de la ciudad en Cuba. El promedio de personas en una familia cubana es siempre de más de cuatro, de manera que es-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

te salario debe alcanzar a lo menos para cuatro personas. Es decir, este salario representa menos de veinticinco centavos por persona al día. Si tomamos en cuenta que tan sólo la libra de pan vale ocho centavos en La Habana, y que el litro de leche vale diez centavos, tenemos que con lo que le corresponde de salario a cada persona, salario de reivindicación, sólo puede comprar un litro de leche y dos libras de pan. Naturalmente, no se vive sólo de pan y de leche. Se reemplaza parte de la leche y del pan por otros alimentos, que son, a veces, más baratos. Pero la verdad es ésta: que si las clases obreras hubieran de tener una alimentación completa, el salario mínimo fijado por la ley no alcanzaría, no alcanza, siquiera para la alimentación apropiada de toda la familia. Hay que disminuir la dieta necesaria, para que alcance el salario para alquiler de casa, ropa, y otras necesidades indispensables.

En La Habana, poco antes de salir de allí, me dijo un hacendado, vecino de la gran metrópoli, que les daba a sus cerdos gran parte de la leche que producía su vaquería, porque no podía venderla. ¿Faltaba quien necesitara leche en La Habana? No. Faltaban personas que recibieran el salario fisiológico, el salario animal, que recibían los cerdos de este hacendado.

Y es con los hombres de nuestra América, no con los cerdos de nuestra América, con quienes tenemos

que hacer civilización. Por cargar los plátanos en nuestra América nuestros hombres reciben un promedio de cincuenta centavos de dólar diarios; por descargarlos en la civilización del norte reciben diez veces más. Porque allá, con salarios humanos, se está creando civilización, y aquí, con salarios fisiológicos, estamos manteniendo animales.

Cargando bananos en Santa Marta y descargándolos en Nueva Orleans

Y no estoy hablando por lo que he leído, sino por lo que he visto. Yo he visto a los obreros colombianos cargando los bananos en Santa Marta, a pocos pasos de la tumba de Bolivar; yo he visto los tugurios de estos obreros, pagados con salarios de hambre por los explotadores norteamericanos; y he visto a los obreros de Nueva Orleans descargando esos bananos, pagados con salarios humanos por esos mismos explotadores de nuestras riquezas, obreros yanquis que viven como hombres y no como bestias.

La situación del obrero chileno es peor todavía que la del obrero cubano, donde se suicidan tres personas al día, en gran parte a causa de la miseria. Aquí pocos se suicidan a causa del hambre, porque a las clases pobres se las ha educado para que vivan ham-

breadas, con harapos y con diez y más personas hacinadas en una pocilga.

El salario mínimo humano, no animal, es la primera necesidad de Chile y de toda la América española, no sólo para cumplir con los preceptos de la humanidad y de la justicia, sino también para crear riqueza, y construir civilización.

Los impuestos indirectos son un robo al salario

Por cierto este salario no debe ser cercenado por medio de contribuciones indirectas. Para que no haya engaño en este salario mínimo, es necesario que los gastos de la nación se cubran con impuestos directos y progresivos, sobre la renta, utilidades y salarios de cada cual. Los impuestos indirectos no son otra cosa que el robo que se le hace a la gran masa obrera de una buena parte de su salario.

Nuestros impuestos y contribuciones pesan sobre la gran masa obrera

Y las contribuciones e impuestos que pagan los ciudadanos no deben pesar principalmente sobre la gran masa de hombres con rentas y salarios escasos, porque ésta es otra manera de rebajar sus salarios.

ésta es otra manera de reducir la capacidad adquisitiva de la gran masa de la población.

Nuestra ley de impuestos no tiene misericordia con las rentas escasas, y ampara y respeta las grandes utilidades. El industrial o comerciante modesto que gana menos de diez mil pesos anuales —unos ochocientos pesos mensuales, menos, mucho menos de lo que necesita para vivir— paga un impuesto de seis por ciento. Se eximen de impuesto sólo $ 400.— mensuales. Paga ocho por ciento el que gana entre diez mil y cincuenta mil pesos anuales. Allí deja de subir el impuesto, por mucho que suban las ganancias.

Los sueldos, salarios y pensiones pagan un dos por ciento, sea cual sea su monto, eximidos sólo veinte pesos diarios. Lo mismo paga el que tiene un salario alto que uno bajo, es decir, el mismo tanto por ciento.

El pago de impuesto se hace por meses. Un obrero que gane 30 pesos diarios (un dólar, el salario mínimo de Cuba) paga impuestos sobre 10 pesos diarios. Si trabajo sólo seis meses en el año y está cesante los otros seis meses, es decir si ha ganado como promedio 15 pesos diarios, siempre pagará el impuesto a la renta de 2%.

En los Estados Unidos, toda utilidad liquida, sea de negocios o de sueldos, que sea inferior a mil dólares al año —treinta mil pesos chilenos— no paga im-

puesto alguno. Y los impuestos suben después en forma progresiva, de tal manera que una utilidad anual de cinco millones llega a pagar el 78%, o sea 3,790,164 dólares.

Como se ve, nosotros tenemos un régimen tributario destinado a obstaculizar la creación de la riqueza, a reducir la capacidad adquisitiva de la gran masa de la población, a perpetuar la miseria.

No basta con el salario mínimo

Pero el salario humano, y los impuestos directos a las utilidades nos dejarían sólo en la base económica de los Estados Unidos, con sus crisis y su miseria parcial, a pesar de que allá se está haciendo intensa labor por mejorar esta condición.

¿Qué más hay que hacer para desarrollar nuestra riqueza? ¿Para fomentar nuestra civilización? No podemos, naturalmente, tratar de distribuir parejamente la riqueza que existe en el mundo entre los habitantes que lo pueblan. Tiene la tierra dos mil millones de población. ¿A cuánto asciende toda la riqueza del mundo? Ya hemos visto que riqueza es producción más consumo. Sabemos cuánto baja el precio de un artículo cuando está en excesiva abundancia en el mercado. Si se pusiera a la venta todo lo que actualmente existe en el mundo, tierras, edificios, maquinarias,

mercancía, lo que se obtuviera en esta magna subasta no alcanzaría para darle un dólar a cada habitante.

Si no se pone en venta lo que actualmente existe en el mundo, habría que repartirlo como está. A cada uno se le daría un pedazo de tierra, un pedazo de locomotora, un pedazo de puente, un pedazo de vaca. Como esto no podría hacerse, algunos nos dirán que debe dejarse todo marchando como ahora, y que lo que debe repartirse por igual es la suma total de las rentas exageradas que reciben algunos individuos privilegiados. Veamos cómo resultaría esto.

Si todas las rentas individuales que alcanzaron a cinco mil dólares al año, o más, en los Estados Unidos —me refiero a las rentas del año pasado— se hubieran confiscado y repartido, por igual, entre el resto de la población, la suma que cada uno habría recibido apenas habría alcanzado a treinta y cinco dólares, o sea a tres dólares mensuales. Y eso, en el país más rico, y de más altas rentas. En nuestra América no llegaría a diez centavos mensuales.

Ni aun se ganaría gran cosa si se repartieran por igual todas las entradas de un país. La renta de todas las industrias, propiedades, trabajo, que se recibe en total en Chile se calcula en quince mil millones de pesos al año. No alcanzaría, distribuída por igual entre todos los chilenos, a doscientos cincuenta pesos al mes por habitante.

No; no se trata de distribuir la riqueza actual, ni de distribuir las rentas actuales. Se trata de hacer nueva riqueza, por medio del incremento simultáneo de la producción y el consumo.

Distribución equitativa de las utilidades sociales (DEUS)

Para lograr esto, debiera hacerse obligatoria la distribución, entre los productores, de una parte de las utilidades líquidas de todas las empresas económicas del país, en proporción a los salarios de los jefes, empleados y obreros. Pero no debemos hacer una reforma a saltos, nada que desquicie la actual realidad económica. Tenemos una ley que exige que se reparta entre obreros y empleados (hasta cierta cantidad para cada asalariado, que no puede ser superior a tres meses de salario), el veinte por ciento de las utilidades de cada empresa. Nadie cumple con esa ley. Es preferible principiar con una escala más baja, que realmente se cumpla, para que se vaya educando el gran empresario y vaya viendo en la práctica las ventajas de la ley. Debiera principiarse por obligar a todas las empresas a distribuir el 5% de sus utilidades —descontados los salarios que los empresarios necesitan para vivir— entre sus empleados y obreros. Esto además de sus salarios humanos a que me he referido an-

tes. Ya este incremento aumentaría la capacidad adquisitiva de las masas, con prosperidad para todos, para el capital y el trabajo. Al año siguiente, o subsiguiente podría aumentarse esta distribución en otro 5% más, y así sucesivamente, hasta que se repartiera entre empleados y obreros el 50% de las utilidades líquidas, descontando aún el interés del capital invertido, dejando el otro 50% como reparto de utilidades al capital y para nuevas inversiones y el desarrollo de la capacidad productora de nuestra América.

Se trata tan sólo de una distribución equitativa de las utilidades sociales, con beneficios parejos para todos, capitalistas, empresarios, empleados y obreros. No se trata de ninguna revolución; no se trata de derrocar ningún gobierno; no se trata de declamar contra ningún imperialismo; no se trata de atacar a la religión; no se trata de repudiar ninguna deuda; no se trata de quitarle su fortuna a nadie, sino de aumentársela a todos.

Ventajas, para todos, de este plan

Mi auditorio que ha escuchado mis conferencias anteriores, está ya preparado para comprender que este plan que propongo para la creación de la riqueza en nuestra América y el fomento de nuestra civilización, es de conveniencia general. Que es conveniente

para los ochenta millones de personas que actualmente no reciben en nuestra América siquiera el jornal fisiológico, no admite ni la sombra de una duda.

Que el nuevo plan sería ventajoso para el reducido grupo de empleados que disfrutan en nuestros países de una situación mediocre, la llamada clase media, que vive la tragedia diaria de soportar con dignidad y trajes de etiqueta su pobreza cubierta de oropel, no admite tampoco la sombra de una duda.

Que la prosperidad y abundancia de la clase obrera y de la clase media no tendría que crearse a expensas de la poca gente que disfruta actualmente de verdadero bienestar, tampoco puede admitir duda. También éstos estarían en mejores condiciones económicas, pues ya hemos demostrado que riqueza es producción más consumo. Y esos ochenta millones de nuevos consumidores no duplicarían, sino que centuplicarían la riqueza general. De manera que los que disfrutan actualmente de amplios recursos tendrían su parte en este festín de la abundancia, que sería muy superior a la que actualmente obtienen.

¿Y qué decir de las naciones extranjeras —los Estados Unidos principalmente— cuyos siervos económicos somos? El hecho de que las empresas norteamericanas tuvieran que pagar salarios humanos aquí, y repartir parte de sus utilidades entre nosotros, ¿les haría daño? Muy al contrario; ellos también serían be-

neficiados, pues habiendo un mercado mucho más amplio en nuestra América, tendrían ocasión de vender mucho más, y de comprar más también, naturalmente. A los Estados Unidos les conviene más una América Latina próspera, rica, civilizada, que una América Latina atrasada, indigente, semi bárbara.

Educarse es adquirir nuevas necesidades

Hay muchos detalles que no puedo considerar en estas disertaciones sintéticas. Por ejemplo, el problema de la defensa; el problema de los empleados públicos. Pero sin ocuparme de muchos problemas parciales, hay uno al cual tengo que dedicarle especial atención. Me refiero a un plan gigantesco de educación general, que nos prepare como productores y consumidores de una industria superior. Un plan gigantesco de educación para toda nuestra América, educación técnica para preparar a los directores y obreros de nuestra industria, educación científica para iluminar la inteligencia de nuestra población, educación humanitaria para darle amplitud de miras, educación cívica, para fomentar una verdadera democracia, educación artística para ennobiecer y embellecer las aspiraciones de nuestra vida.

Educarse es adquirir nuevas y nuevas necesida-

des de consumo. Esta definición, parcial sin duda, de lo que considero educación, podrá parecer a muchos insultante, y groseramente materialista. Pero no así, espero, a mi auditorio, después de todo lo que lleva oído.

Ud. necesita jabón, y cepillo de dientes, y baño, en su casa. ¿No está, por ese solo hecho, más educado que el que no necesita ni jabón, ni cepillo de dientes, ni baño? Ud. necesita ropa y zapatos. ¿No está por ese solo hecho, más educado que el que no necesita ropa ni zapatos? Ud. necesita libros. ¿No está, por ese solo hecho, más educado que el que no necesita libros? Ud. necesita libros en varios idiomas. ¿No está más educado que el que sólo necesita libros en un idioma?

Cerca de mi casa, en La Habana, había un solar habitado por gente muy inculta, de la clase más humilde de la sociedad. El día en que cayó Machado, y se saquearon muchas casas de gente rica, los habitantes de ese solar, que participaron en el saqueo, llegaron a sus cuartos con su botín. Uno llevaba libros en inglés. Los echó a la basura. Otro llevaba un magnífico mantel de mesa, y dijo que le venía muy bien, porque estaba escaso de sábanas. En muchas casas un piano sería un mueble inútil. Mucha gente cambiaría un microscopio por una cigarrera, una tela de Murillo por una oleografía de Mae West, y la Venus de Milo,

con sus brazos rotos, por la figura en terracota de cualquier pugilista con sus brazos enteros.

Hay que educar para crear necesidades superiores, que no sean las de pan y circo. Comprendo que el Mahatma Gandhi, y otros filósofos, podrán objetar lo anterior, y decir que cuanto menos necesita el hombre más fácilmente será feliz. Pero nuestra civilización americana no quiere seguir viviendo la vida de sus indios primitivos, y no lleva camino de ser meramente contemplativa. Es esencialmente activa.

El propósito de nuestra civilización

Es el propósito de nuestra civilización aprovechar hasta el máximo todas las fuerzas y recursos de la naturaleza, utilizando todos los progresos de la ciencia y de la industria, para producir el máximo de abundancia y refinamiento, material y espiritual, de manera que podamos brindar el máximo de bienestar, de felicidad, al número máximo de individuos.

Este primer ciclo de conferencias que he dictado no está completo. Se necesita de otra más, que le sirva de conclusión. Pero esta otra no la voy a dictar yo. Es ésta una labor que entrego a mi auditorio, que ha tenido la voluntad y la paciencia de escucharme. En ciertas ocasiones, cuando en el proscenio canta un artista, pide su concurso a sus oyentes, y el teatro entero se convierte en un coro armonioso.

Nuevo génesis de nuestra América

Yo pido ahora a mis oyentes, después de haber escuchado el plan para construir nuestra civilización hispanoamericana, que tiene como base no sólo la abolición de la ignorancia, sino también la abolición de la pobreza, que vean en su imaginación esta nueva América nuestra, inmensa, gigante del Atlántico y del Pacífico; pero unida, sin trabas económicas o espirituales, desarrollando su riqueza y su cultura en una escala que esté en armonía con sus imponentes cordilleras que besan el cielo, y con sus pampas inacabables, capaces de producir diez veces todo el pan que ha menester la humanidad. Unida, además, nuestra América físicamente, con su tupida red de vapores, líneas aéreas, ferrocarriles, carreteras, que serán jardines en las faldas de nuestras cordilleras, esculpidas con figuras heroicas del cincel de nuestros artistas. Una América nueva, una América que ha tenido un nuevo génesis, donde haya abundancia para todos, y cultura para todos; donde no haya un espíritu escrutador que no pueda ir en la góndola de la ciencia, con su equipo completo, a descubrir nuevas y nuevas verdades; donde no haya un artista que se encuentre con sus brazos amarrados para cristalizar su sueño; donde no haya un poeta sin corona, ni un santo sin aureola. Donde no haya un dolor innecesario, porque todos acudan a curarlo, ya que el sufrir de cada uno ha de ser el sufrir de todos, y la felicidad de cada uno la felicidad de todos.

ANOTACIONES SUPLEMENTARIAS

(1) Chile es el país más industrializado de la América española, y su mecanización industrial, en relación con la de Estados Unidos, está en relación de 9 a 1. En los Estados Unidos se producen 9,000 K. W. H. por habitante, por año. En Chile, 1,000. (Raúl Simón, en su libro "Determinación de la Entrada Nacional).

Posteriormente, el Sr. Sergio Fernández Larraín nos dice que el consumo de energía mecanizada es en los Estados Unidos de 11,400 K. W. H. por habitante, y en Chile, es de 1,130 K. W. H. Agrega que nuestras rentas nacionales pueden estimarse en ocho mil millones de pesos al año, que, divididos por 4,617,165 habitantes que tiene el país, dan una renta de 1,733 pesos anuales por habitante, o sea, de $ 4.75 por día por habitante. Comparado Chile con veinti- nueve naciones, aparece con la cuota más baja de rentabilidad. Nos dice que el total de la riqueza nacional chilena llega, poco más o menos, a 72,000 millones de pesos, lo que da una cuota de 16,000 pesos por habitante.

Mr. Howard J. Truebold, en una obra reciente acerca de la América española, calcula el valor de la

producción total de todos nuestros países, centro y sudamericanos, en siete mil millones de dólares anuales. La producción de los Estados Unidos, es de más de treinta mil millones de dólares, en años de crisis.

(2) Las carreteras del mundo tenían, el 10 de enero de 1938, según las estadísticas del United States Department of Commerce, 9,684,559 millas. De éstas, había en los Estados Unidos, 3,065,000 millas.

(3) Los datos para 1938, posteriores a la dictación de estas conferencias, son los siguientes: había en el mundo 43,819,929 automóviles y camiones. De éstos, 29,485,680 (el 68%), corresponden a los Estados Unidos. En los Estados Unidos hay un vehículo motorizado por cada 4.3 personas.

(4) En 1938 bajó la producción mundial de automóviles y camiones. La producción total fué de 4,000,809. De éstos, 2,489,035 fueron fabricados en los Estados Unidos, y ninguno en la América española.

(5) El año 1938 había 39,245,069 teléfonos en el mundo, según estadísticas de la American Telephone and Telegraph Co. De éstos había en los Estados Unidos 19,453,401. En toda la América del Sur había 835,407, buena parte de éstos de propiedad de capital norteamericano. Todo Chile tenía 70,867 teléfonos y la ciudad de Nueva York tenía 1,623,117. En 1938 había en los Estados Unidos, 40,800,000 radios en vez de 37,500,000, que es el dato dado en las conferencias.

(6) Mientras el conferencista estaba en Colombia, una poderosa firma norteamericana gestionaba con el Gobierno colombiano, un contrato para la apertura del canal entre el rio Atrato y el Napipi, en la región de Urabá. La compañía norteamericana interesada en esa obra habia levantado ya los planos de esa región, y de la obra que proyectaban.

En 1939 el tonelaje de la marina mercante de los Estados Unidos era inferior al que se cita en estas conferencias. Alcanzaba sólo a 11,470,177. Pero siempre persistia la diferencia abismal con la América española. En 1939, el número de barcos mercantes del mundo, de más de quince mil toneladas, habia subido a 178. De éstos, diez y seis pertenecian a los Estados Unidos, pero todavía ninguno a la América española.

En cuanto a la deuda de la guerra del año 14, lo que el mundo le debia a los Estados Unidos, ascendía el 30 de junio de 1939, a 13,232,359,997 dólares, sin contar los intereses acumulados, que alcanzaban a 1,587,186,843 dólares en junio de 1939. Y los países deudores, Chile inclusive, están pidiendo y obteniendo nuevos préstamos en los Estados Unidos. Ese pais posee ahora 17,600 millones de dólares en oro, el 60% de todo el oro monetario del mundo.

(7) Nuestra compatriota, la señora Amanda Labarca Hubertson, dijo públicamente en Costa Rica, que ése es el país de nuestra América donde la ri

queza está mejor repartida. Yo tuve que contradecirla, también públicamente, diciendo que era el país de nuestra América donde la pobreza está mejor repartida. Carmen Lyra, hablando de la miseria de su país, Costa Rica, dice: "Todo lo que se diga de la miseria de nuestras clases pobres es poco. El horror de la vida de los chinchorros (nuestros conventillos), es tal que recuerda las narraciones de los escritores rusos, que describían la miseria bajo el régimen zarista. En el espacio de dos y tres metros cuadrados, conviven y duermen hacinadas, hasta diez personas. La promiscuidad se agrava con la falta de higiene y son constantes los casos de niñas de muy pocos años que resultan contagiadas de pavorosas enfermedades venéreas y de otra naturaleza. En un conjunto de viviendas de más de doscientas personas, sólo encontré un excusado».

(8) La condición de miseria del pueblo colombiano, en general, es tan pavorosa como en cualquiera de nuestros otros países. Yo recorrí el país casi entero, yendo en barco por sus ríos, en tren, en auto, en mula, a pie, en aeroplano. Los artículos que he escrito describiendo esa miseria, llenarían un libro como éste.

(9) La miseria de Chile la conocemos todos aquí. El Ministro de Salubridad del señor Aguirre Cerda, en su libro "La Realidad Médico - Social Chilena", dice:

"Por cada veinte partos nace un niño muerto en Chile. Por cada 1,000 nacidos vivos, mueren 250. Por cada diez niños nacidos vivos, muere uno antes del primer mes de vida; la cuarta parte antes del primer año y casi la mitad antes de cumplir nueve años".

La desastrosa situación de los trabajadores agrícolas de Chile, ha sido corroborada por el diputado conservador, señor Manuel José Irarrázaval, en un discurso pronunciado con motivo de la presentación de un proyecto de salario mínimo para el campesinado. Según dicho diputado, consta en la Memoria de la Sociedad Nacional de Agricultura, que esta industria ha pagado en el año 1938, la suma de 870,000,000 de pesos, comprendiendo el jornal y las regalías, y excluído el valor de la habitación (¿se llama habitación la casa en que viven?). Estimando que existen 400 mil trabajadores del campo, que deben repartirse esa suma, resultaría un salario de $ 5.95 por hombre al día, (un peso chileno son tres centavos norteamericanos). Esta cifra ha sido obtenida como promedio de los salarios, debiendo hacerse presente que un considerable porcentaje de trabajadores del campo ganan ínfimas remuneraciones, no superior a uno o dos pesos al día (tres o seis centavos de dólar). La cantidad de $ 5.95 por hombre al día debe ser compartida por 2.47 personas, que son los familiares del trabajador agrícola, lo que da una cifra de un peso setenta centavos diarios por unidad vital de consumo".

Debe agregarse que, como un kilo de pan cuesta poco más o menos eso, (en realidad más), el salario por persona que reciben los obreros agrícolas de Chile, como promedio, es de menos de un kilo de pan al día, mucho menos que el de Cuba, que estudiamos aquí en detalle.

Durante una semana sanitaria se hizo hace poco en Ñuñoa — Chile — una encuesta para determinar las condiciones de vida del pueblo, y se encontró lo siguiente: En cien familias catalogadas, habitaban una pieza setenta y dos familias de siete personas cada una. En algunas piezas vivían doce personas. En las cien familias visitadas había 39 piezas con una cama; 34 con dos camas; 17 con tres camas. Término medio: una cama por tres y media personas.

Lo anterior no es un caso excepcional. El Cuerpo de Carabineros ha realizado a lo largo de todo el país, un censo de los conventillos. Sin tomar en cuenta la ciudad de Santiago, que es la sede principal de los conventillos — donde la situación es más horrorosa — el censo da una suma superior a 8,627 conventillos. Todos estos conventillos carecen de servicios higiénicos, no tienen pisos ni cielos. En Santiago, encontraron que 1,456 personas cuentan con sólo 789 camas. Treinta y dos camas había para tres personas en cada una. Veintidós camas para cuatro personas en cada una.

El diputado Sergio Fernández Larrain, conservador, nos dice que la Liga de las Naciones ha establecido que todo niño, hasta los quince años, debe consumir un litro de leche al día, y el adulto medio litro. Nuestro país, de acuerdo con estas normas, necesitaría 3,267,950 litros diarios de producción, o sea, un total de 1,192,891,750 litros anuales. Pero como el país produce sólo 227,762,000, queda un déficit de 965,027,750 litros anuales. Agrega, con opiniones de técnicos, que el consumo de carne del país debe elevarse al doble.

(10) En 1939 (los primeros nueve meses), las donaciones filantrópicas en los Estados Unidos fueron de 62,126,000 dólares. Las donaciones anónimas pasaron de dos millones de dólares. Hay en los Estados Unidos 141 Universidades (y Colleges), con donaciones de dos millones de dólares o más. Muchas de ellas con más de veinte millones, algunas con más de cincuenta millones y otras con más de cien millones.

Cuando visitaba yo la ciudad de Cartagena (Colombia), vi que en su museo histórico había un letrero en inglés (en Cartagena casi nadie habla inglés) en que se pedían erogaciones para el Museo. Es inconcebible que un Museo de los Estados Unidos, pida contribuciones en lengua extranjera a sus visitantes. En cambio, aquí el Presidente de la República solicitó de los periodistas que pidieran ayuda a los

filántropos norteamericanos, para su labor de la defensa de la raza, y la señora Amanda Labarca Hubertson, al volver de los Estados Unidos, se ufanaba públicamente de haber conseguido de la filantropía yanqui, le dieran el dinero para estanterías de la Biblioteca de nuestra Universidad.

En nuestro país, en vez de acudir en ayuda del pobre, les quitamos todo lo que podemos. Sus bajos salarios los reducimos subrepticiamente con los impuestos indirectos, que son impuestos sobre la pobreza. Dice un editorial de "La Nación", del 3 de mayo de 1940: "Una estadística publicada hace dos años, reveló que el 75 por ciento de los tributos que se pagan al Estado, recae sobre la masa consumidora, lo que equivale a establecer que las tres cuartas partes de los actuales gravámenes van a repercutir sobre los que nada tienen. Así las cosas, resulta que por una mala disposición de nuestro sistema tributario, es la miseria la que sostiene a los ricos, y es el trabajo el que reemplaza al capital en las cargas que éste debe soportar como contribución al beneficio colectivo.

"A fines de la administración anterior, fué dable, todavía, observar otro absurdo de irritante injusticia: como faltaran cincuenta y seis millones de pesos para equilibrar el presupuesto de 1938, se recurrió a la línea de menor resistencia, a los derechos aduaneros, y se impuso un alza de derechos al té, al arroz y a

la parafina, que se utilizaba en la fabricación de velas. En consecuencia, esos cincuenta y seis millones de pesos fueron sufragados al Fisco por quienes no tienen luz y necesitan consumir té y arroz, que son alimentos populares.

Cuando visitaba yo en Costa Rica la organización de la protección a la infancia, me di cuenta de que se ponía empeño en aliviar a los niños desnutridos y hambrientos, aun cuando no se podía atender con la caridad sino a muy reducido número. Pero al inquirir de dónde provenían los fondos para cubrir esos gastos, encontré que venían de un impuesto de importación al trigo, que allí no se produce, a la harina. De manera que le toman el dinero a todos los pobres para aliviar a unos pocos de ellos.

(11) Véase la nota No. 9 en que se hace referencia a las condiciones higiénicas y la mortalidad en Chile.

(12) Se ha dicho que cuando se disgregó la Gran Colombia, Venezuela se convirtió en un convento; Ecuador en un regimiento y Colombia en una Universidad. Me contaban en Cúcuta que una vez andaban pascando, poco más allá de la frontera de Colombia, hacia el lado de Venezuela, un venezolano y un colombiano. Se acercaba un burro a ellos, y el venezolano le dijo a su amigo colombiano, en solfa:

— Allí viene un compatriota tuyo.

El colombiano le puso su diario ante los ojos al burro, y como éste no leyera, le contestó a su amigo:

— No sabe leer, no es colombiano; es venezolano. — Pero la verdad es que tanto en Venezuela como en Colombia, más de la mitad de la población no sabe leer.

(13) En mis jiras por la meseta costarricense, encontré que la población adulta que había aprendido a leer, ya había olvidado el alfabeto, porque no tenían ocasión de leer nada en toda su vida. En más de cien hogares visitados no encontré ninguno en que se leyera un diario, o un libro.

(14) En Chile tenemos una ley de educación primaria obligatoria, pero ésta nada significa en la realidad. La mitad de nuestros niños no asisten a la escuela, ni aprenden a leer.

(15) La teoría planetesimal de Maynard Shipley ha descartado como falsa la teoría de Laplace en todo lo que se refiere al origen del sistema solar.

(16) Los Estados Unidos han tenido desde hace tiempo el telescopio más poderoso del mundo. Actualmente construye el California Institute of Technology, en Monte Palomar, un telescopio con espejo de cinco metros de diámetro, que se llama "el ojo más grande del mundo".

(17) Mientras se dictaban estas conferencias, se pedía para Gabriela Mistral el premio Nobel. Nos distinguimos como poetas, pero no como realistas.

(18) Acerca de este tema de la pretendida inferioridad de la raza negra, el autor ha dictado una conferencia, que pronto verá la luz pública.

(19) Se han hecho mediciones de la inteligencia en Colombia y en otros países hispanoamericanos, que nos dejan en posición de superioridad sobre los Estados Unidos. A esto se hace referencia en la conferencia a que se alude en el número anterior.

OTROS DATOS QUE CORROBORAN LO DICHO EN ESTAS CONFERENCIAS:

Entrada nacional por habitante en los Estados Unidos (año 1930), según Raúl Simón: 600 dolares; en Chile, poco más de 100 dólares.

En 1930, entrada nacional de los Estados Unidos, 70,000 millones de dólares, según Raúl Simón. Capital nacional, ese año: 380,000 millones de dólares.

Entrada nacional de Chile, 5,000 millones de pesos, según Raúl Simón. Las rentas del capital representan el 9% de la entrada nacional.

Capital nacional de Chile: 36,336 millones de pesos. Entrada nacional: 5,460 millones de pesos. Año 1934, según Raúl Simon.

Hemos dado a la Rusia Soviética como ejemplo de que la producción más el consumo, es lo que crea la riqueza, y hemos dicho que en Rusia se han creado en escala tan gigantesca la riqueza y la prosperidad porque allí aumenta sin cesar el poder consumidor de la gran masa de la población. Rusia no es un país

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION ARCHIVO

exportador. Primordialmente consume casi todo lo que produce. De manera que cuanto más produce más alto es el nivel de vida de sus habitantes. Los Estados Unidos exportaron el año 1938 por valor de 3,056 millones 707,000 dólares, y la Rusia Soviética exportó por valor de 250,751,000 dólares. Todo lo demás que produjo Rusia lo consumió la propia Rusia.

A las estadísticas que hemos citado de la producción en la Rusia Soviética, podemos agregar mucha información, que confirma lo que hemos dicho.

La producción de la industria alimenticia el año 1928 era de casi veinte mil millones de rublos, es decir, cuatro veces mayor que el año 1913. En 1936 ocupó ya la Rusia Soviética el primer puesto del mundo en la producción de azúcar de remolacha. La producción de conservas aumentó en 1937, en comparación con 1913 en 14.8 veces. La producción de artículos de confitería, en 13.2 veces. La producción de azúcar aumentará para fines de 1942 a 3.5 millones de toneladas, es decir, el 144 por ciento más que en 1937. La producción de conservas llegará a 1 9 mil millones de latas (tarros), o sea, el 206% de aumento sobre la producción de 1937.

Las estadísticas de la producción en la Rusia Soviética se ponen viejas cada año. Hay que seguirlas por meses. Mientras en los demás paises la producción queda estacionaria o va para atrás, en Rusia aumenta sin cesar, en todos los ramos de las actividades.

En comparación con el segundo trimestre del presente año (1940) la producción de hierro fundido aumentó en el tercer trimestre en 11.4 por ciento; la de acero en diez por ciento.

El ritmo acelerado en el aumento de la producción se ha puesto en evidencia con lo que ha ocurrido en la Ukrania y la Bielorrusia, recientemente incorporadas a la Rusia Soviética. Allí desaparecieron los desocupados casi como por encanto. Se emplean sumas inmensas para la creación de nuevas industrias. El avance de la cultura corre paralelamente con el desarrollo de la industria. Sólo en las regiones occidentales de Bielorrusia se han organizado 188 bibliotecas. En diversas ciudades y aldeas se han construído palacios de la cultura, escuelas, teatros, y también hospitales.

Hemos presentado a los Estados Unidos como a un país inmensamente más avanzado que la América española. Pero debe tomarse en cuenta que en ese país la distribución de la producción se hace en forma tal que la gran masa queda todavía muy postergada, reduciéndose, así, artificialmente, su capacidad adquisitiva. Y así, un censo reciente que abarca a 2,633,135 viviendas que hospedan a 9,074,781 habitantes demuestra que las viviendas censuadas, tomadas al azar entre 64 comunas, presentan las siguientes características: 17.1% tienen más de dos personas por pieza habitable. (En Chile, una mayor proporción tienen

más de dos personas por cama, no por pieza); 24.5% no cuentan con agua potable propia; 17.3% no tienen servicio de toilette (excusado) propio. Por cierto esto es el cielo comparado con la situación de Chile. Pero ¿qué ocurre en la Rusia Soviética? Indudablemente la situación actual es todavía inferior a la de los Estados Unidos. Pero ¿qué se está haciendo allá? El primer plan quinquenal de la Rusia Soviética se ocupó principalmente de desarrollar la industria pesada, para crear las posibilidades de una gran producción de artículos de consumo. El tercer plan quinquenal "prevé la puesta en marcha de empresas nuevas y reconstruídas por un valor de 182,000 millones de rublos, contra 108,000 millones en el segundo plan quinquenal, y 39,000 millones en el primero. Esto significa, entre otras cosas, que en el tercer quinquenio se entregarán a la población 35 millones de metros cuadrados de nuevas viviendas colectivas y 10 millones de metros cuadrados de viviendas individuales. Simultáneamente, se anuncia la construcción de nuevas instalaciones de agua potable en cincuenta ciudades, de alcantarillado en cuarenta y cinco ciudades, de tranvías en ocho ciudades. Las plazas en las casas-cuna y jardines de la infancia aumentan de 1,800,000 a fines del segundo plan quinquenal a 4,000,000 en el tercer quinquenio.

El 15 de septiembre del presente año (1940) se había hecho en la Unión Soviética la cosecha de trigo sobre una superficie de 81,000,000 hectáreas. En todas

partes ha sido superior a la del año anterior. En las regiones de Kuibychev, por ejemplo, sobrepasa la cosecha dos veces y media a la del año anterior. En la región alemana del Volga es dos veces superior. La cosecha media de arroz es de diecisiete quintales por hectárea, contra 11 quintales que fué el año anterior.

Todo esto se puede hacer porque en Rusia está asegurado el consumo de todo lo que se produce. El gran problema de la humanidad no es tanto hoy el de la capacidad de producción como el de la capacidad de consumo, es decir de salarios a la masa que permitan consumir plenamente. Veamos lo que ocurre en Chile. El señor Domingo Matte Larraín, hablando de nuestra industria avícola en "El Mercurio", 3 de Noviembre de 1940— nos dice que en Chile se producen trescientos millones de huevos al año. Durante tiempos normales, sin guerra, exportamos unos diez millones. Ahora que no se pueden exportar, hay una crisis en perspectiva para la industria avícola nacional. Sin embargo, él mismo se encarga de decirnos que si en Chile se consumieran huevos en la misma proporción que en los países más civilizados, consumiríamos cinco millones de huevos al día, o sea, mil ochocientos millones al año. La solución, nos dice él, sería aumentar el mercado interno. Pero agrega: "He ahí el problema" Ese problema se resuelve sólo con capacidad adquisitiva de las masas, con salarios humanos.

SECCION CATALOGACION